

Análisis comparativo de las construcciones perifrásticas en la traducción de un fragmento de la novela El mentiroso de Mikel Santiago del español al croata

Bubnjar, Sandra

Master's thesis / Diplomski rad

2022

Degree Grantor / Ustanova koja je dodijelila akademski / stručni stupanj: **University of Zagreb, Faculty of Humanities and Social Sciences / Sveučilište u Zagrebu, Filozofski fakultet**

Permanent link / Trajna poveznica: <https://um.nsk.hr/um:nbn:hr:131:148886>

Rights / Prava: [In copyright](#) / [Zaštićeno autorskim pravom.](#)

Download date / Datum preuzimanja: **2024-06-30**



Sveučilište u Zagrebu
Filozofski fakultet
University of Zagreb
Faculty of Humanities
and Social Sciences

Repository / Repozitorij:

[ODRAZ - open repository of the University of Zagreb
Faculty of Humanities and Social Sciences](#)



Filozofski fakultet Sveučilišta u Zagrebu

Odsjek za romanistiku

Katedra za španjolski jezik i književnost

Prevoditeljski smjer

Usporedna analiza perifrastičnih konstrukcija i prijevod ulomka romana *El mentiroso* autora Mikela Santiaga

Studentica:

Sandra Bubnjar

Mentorica:

dr.sc. Mirjana Polić-Bobić, red.
prof.

Komentorica:

Branka Oštrec, v. lekt

Zagreb, travanj 2021.

Universidad de Zagreb

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Departamento de Estudios Románicos

Análisis comparativo de las construcciones perifrásticas en la traducción de un fragmento de la novela *El mentiroso* de Mikel Santiago del español al croata

Nombre y apellido de la estudiante:

Sandra Bubnjar

Nombre y apellido de la tutora:

Dra. Mirjana Polić Bobić

Nombre y apellido de la cotutora:

Prof. Branka Oštrec

Zagreb, abril de 2021

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar las construcciones perifrásticas dentro de la traducción de la novela *El mentiroso* de Mikel Santiago del español al croata. Se trata de un thriller contemporáneo ambientado en un pueblo vizcaíno, que en sus primeros capítulos abunda en varias clases de perífrasis verbales, por lo que, en la primera parte del trabajo, la parte teórica, dedicamos unas páginas precisamente a la definición de las perífrasis verbales y al repaso de sus clases, como también a la diferencia entre perífrasis y locuciones verbales. También, enumeramos las perífrasis verbales de infinitivo, de gerundio y de participio en orden alfabético. La segunda parte del trabajo está dedicada a la traducción de los primeros cinco capítulos de la novela del español al croata, después de lo que sigue el análisis de la traducción de las perífrasis verbales. Además, igual que el traductólogo americano Eugene A. Nida, nosotros, al traducir, es decir, en la parte práctica de este trabajo decidimos prestar más atención al contenido que a la forma e intentamos transmitir el mensaje a la lengua receptora para que suene lo más natural posible, y que, preferentemente, no parezca una traducción. Por lo tanto, un capítulo entero lo dedicamos precisamente a la teoría de la traducción de Nida, quien, con su libro *Toward a Science of Translating* (1964), contribuyó en gran medida al desarrollo de las ideas traductológicas.

Palabras clave: *perífrasis verbales, locuciones verbales, traducción, Nida*

Sažetak

Cilj ovoga rada je analizirati perifrastičke konstrukcije u prijevodu romana *Lažljivac* Mikela Santiaga sa španjolskoga na hrvatski jezik. Radi se o suvremenom trileru, smještenom u jednom baskijskom selu, koji u svojim prvim poglavljima obiluje različitim vrstama glagolskih perifraza, zbog čega, u prvome, teorijskome dijelu rada, nekoliko stranica posvećujemo upravo definiciji glagolskih perifraza te pregledu njihovih vrsta, kao i razlici između glagolskih perifraza i lokucija. Također ćemo abecednim redom nabrojati glagolske perifraze s infinitivom, gerundom i participom. Drugi je dio rada posvećen prijevodu prvih pet poglavlja romana sa španjolskoga na hrvatski, nakog čega slijedi analiza prijevoda glagolskih perifraza. Osim toga, i mi smo, kao i američki traduktolog Eugene A. Nida, pri prevođenju, odnosno, u praktičnome dijelu ovoga rada, odlučili posvetiti više pažnje sadržaju nego formi i nastojali smo prenijeti poruku na jezik primatelja da zvuči što prirodnije, i da, po mogućnosti, ne nalikuje na prijevod. Stoga jedno cijelo poglavlje posvećujemo upravo Nidinoj teoriji prevođenja, koji je svojom knjigom *Toward a Science of Translating* (1964) uvelike doprinio razvoju traduktoloških ideja.

Ključne riječi: *glagolske perifraze, glagolske lokucije, prijevod, Eugene A. Nida*

Índice

1. Introducción.....	1
2. Las perífrasis verbales	3
2.1. Las clases de perífrasis verbales	4
2.1.1. Las perífrasis de infinitivo.....	6
2.1.2. Las perífrasis de gerundio	10
2.1.3. Las perífrasis de participio	12
2.1.4. La diferencia entre locuciones verbales y perífrasis verbales	14
3. La teoría de la traducción de Eugene Nida.....	15
3.1. Los requerimientos básicos para un traductor	17
3.2. Dificultades en la traducción	19
3.3. Dos tipos principales de equivalencia.....	20
4. Texto literario: <i>El mentiroso</i> de Mikel Santiago	21
4.1. Traducción del texto literario: <i>Lažljivac</i> de Mikel Santiago.....	57
4.2. Análisis de la traducción al croata de las perífrasis verbales del texto literario <i>El mentiroso</i>	91
5. Conclusión.....	99
6. Bibliografía.....	101

1. Introducción

En este trabajo de fin de máster presentaremos la traducción de los primeros cinco capítulos de la novela titulada *El mentiroso* del autor Mikel Santiago. Puesto que el texto abunda en varios tipos de perífrasis verbales, las analizaremos empleando la teoría de la traducción de E. Nida. Hay que destacar que el tema de la traducción de estas construcciones del español al croata es bastante interesante, puesto que en croata no tenemos las perífrasis verbales. Sin embargo, en croata disponemos de las construcciones denominadas *fazni glagoli* (Silić y Pranjković, 2005: 187) que también aluden a varias etapas de una acción o proceso.

Las perífrasis verbales las traducimos al croata empleando el mecanismo de prefijación, los adverbios, etc. El aspecto (perfectivo o imperfectivo) también tiene un papel en su traducción, pero todo depende del contexto. Debemos resaltar que en español las perífrasis verbales son numerosísimas.

Sin embargo, es fácil confundirlas con locuciones verbales, porque algunos de sus rasgos se solapan con los de las perífrasis verbales, pero debemos diferenciarlas, puesto que, según Gómez Torrego (2011: 197), las locuciones verbales a menudo corresponden a una idea que puede ser proyectada en un solo verbo. Por consiguiente, en el subcapítulo 3.1.4. dedicamos unas líneas precisamente a la distinción entre las perífrasis verbales y las locuciones verbales.

Es interesante que, empleando estas construcciones, en español podemos expresar distintos valores que otras lenguas expresarían utilizando perífrasis diferentes, o a través de partículas, adverbios, morfemas verbales u otros recursos. Las perífrasis verbales las clasificamos conforme dos criterios básicos que son la forma del verbo auxiliado y el significado que expresan (Gutiérrez-Rexach, 2016: 789). Algunas palabras más sobre su clasificación les dedicamos en el subcapítulo 2.1., donde también intentaremos enumerar las perífrasis en orden alfabético. Sin embargo, resaltamos que los gramáticos no incluyen en su lista de las perífrasis las mismas construcciones, pues hay muchas discrepancias, tanto en la terminología, como en su clasificación. Por lo tanto, en esta tesina nos restringimos a utilizar principalmente las gramáticas de la RAE (2010), de Gómez Torrego (2011) y el manual *Vademécum del verbo español* de Pedro Gomis y Laura Segura (1998).

En cuanto a la traducción de la parte de la mencionada novela, no podemos desmentir que es un trabajo exigente, ya que, como bien dice Nida en su obra *Toward a Science of Translating*¹ (1964: 145), si lo que el traductor desea es confeccionar una buena traducción, debe tener una excelente base en la lengua origen y al mismo tiempo conocer bien los recursos lingüísticos de la lengua meta. Por lo tanto, no basta que solamente extraiga las palabras del diccionario.

Asimismo, el hecho de que uno posea el conocimiento de dos idiomas no garantiza su aptitud como traductor. Un traductor debería disponer de don de interpretar con verosimilitud las palabras del autor y su manera de hablar. Él debe cuidar su lenguaje. Sin embargo, según asegura Weightman (1947), el empleo que un escritor hace del lenguaje a menudo no concuerda con las normas del buen escribir; y es al escritor y no las normas lo que el traductor ha de respetar.

Tytlar también escribía sobre la traducción afirmando que «una buena traducción es aquella en la que el mérito de la obra original se transfiere de modo tan pleno a otra lengua que es percibida con tanta claridad y sentida tan fuertemente no sólo por el nativo del país al que pertenece esa lengua sino también por aquellos que hablan el idioma de la lengua original» (Tytlar *apud* Newmark, 1991: 32).

Además, la importancia de la traducción es tal que una cultura no sería lo que es sin esta destreza, es decir, si sus integrantes no hubieran tenido acceso a diferentes textos de otras culturas, precisamente gracias a la traducción (Moya, 2004: 9). Sin embargo, dado que las lenguas están en constante movimiento, una traducción a lo mejor será aceptable en una época, pero en otra no (Nida, 1964: 152).

Igual que Nida, quién pone hincapié al sentido, a la reacción del receptor del original y a la del de la traducción, al traducir el fragmento de esta novela nos guiamos por el hecho de que, en ocasiones, para conservar el contenido del mensaje, hay que cambiar la forma (Moya, 2004). Al fin y al cabo, la pérdida de significado en una traducción no la podemos evitar (Vinay *apud* Newmark, 1991).

¹ Ha llegado a ser la obra crucial para el desarrollo de las ideas traductológicas.

2. Las perífrasis verbales

Este capítulo lo dedicamos al repaso de los rasgos principales de las perífrasis verbales, que son unas de las construcciones características de español. Las perífrasis verbales son las construcciones sintácticas compuestas de dos o más verbos, entre los que puede estar intercalada una preposición o la conjunción *que*, p. ej., *Deben de ser las tres*, *Tengo que volver a leer el libro*. Si ese es el caso, la unión entre los verbos es indirecta. También puede ser directa, lo que observamos en ejemplos como *puede ocurrir*, *suele sonreír*, etc. (Gómez Torrego, 2011: 192).

Los componentes de una perífrasis son el auxiliar, que es el primer verbo y puede estar conjugado o aparecer en infinitivo y el auxiliado, al que siempre encontramos en infinitivo, gerundio o participio. Estas construcciones también pueden tener un conjunto de auxiliaridad, es decir, dos o más verbos auxiliares, pero siempre solo un verbo auxiliado, p. ej., *Mañana tengo que volver a hacer la ensalada* (*ibid.*).

Además de ser una unidad sintáctica, la perífrasis se denomina frecuentemente «una unidad semántica, en el sentido de que el verbo auxiliar no significa por y para sí mismo sino modifica, determina o matiza el significado o el contenido del verbo principal» (Yllera, 1999: 3346).

En las perífrasis, los pronombres átonos que complementan al auxiliado pueden anteponerse al auxiliar, así tenemos *Se lo voy a decir* en vez de *Voy a decírselo*. Sin embargo, ese no es el caso con los verbos auxiliares pronominales, porque no admiten la anteposición, p. ej., *Se puso a escribir cartas* > *Se puso a escribirlas* > **Se las puso a escribir* (RAE, 2010: 531).

Hay que resaltar que ambos componentes de la perífrasis verbal disponen de una independencia sintáctica, gracias a la que es posible negar el verbo auxiliado, p. ej., *Estuve a punto de no llegar* (RAE, 2010: 530).

Sin embargo, hay que tener claro que no toda la construcción compuesta de dos o más verbos es una perífrasis verbal. Lo determinará el contexto, p. ej., según apunta Gómez Torrego, en la frase *Juan va a trabajar todos los días al colegio* no hablamos de una perífrasis, porque el infinitivo puede sustituirse por la forma nominal y *va* selecciona el complemento *al colegio* (Gómez Torrego, 2011: 193).

2.1. Las clases de perífrasis verbales

La forma del verbo auxiliado y el significado que se expresa designan el tipo de la perífrasis (Gutiérrez-Rexach, 2016: 789). Según el significado que se expresa, como también afirma Gómez Torrego (2011: 194-196), pueden aludir a la acción verbal o a la modalidad. Las perífrasis referidas a la acción verbal suelen tener el significado perfectivo², incoativo³ o ingresivo, iterativo⁴ o frecuentativo y durativo y progresivo⁵. Antes que nada, enumeraremos aquí las perífrasis con cada uno de estos significados.

- a) El significado perfectivo lo poseen las perífrasis como **tener + participio, llegar a + infinitivo, dejar de + infinitivo**, etc.
- b) Entre las con el significado incoativo o ingresivo destacamos las perífrasis como **echarse a + infinitivo, ponerse a + infinitivo, ir a + infinitivo**, etc.
- c) Los significados iterativo y frecuentativo los tienen generalmente las perífrasis como **soler + infinitivo** (frecuencia) y **volver a + infinitivo** (repetición).
- d) Los significados durativo y progresivo los tienen: **estar + gerundio, andar + gerundio, llevar + gerundio**, etc.

Según el significado Gómez Torrego también distingue las perífrasis con el significado de aproximación, de tiempo futuro o de capacitación y permiso.

Las perífrasis que se refieren a la modalidad o actitud de hablante son **deber + infinitivo, deber de + infinitivo, tener que + infinitivo, poder + infinitivo**, etc., y son las que poseen

² Marca la interrupción o la terminación de una acción o proceso.

³ Referido al principio de la acción.

⁴ Referido a la repetición de la acción.

⁵ Indica una acción que se desarrolla de menos a más.

significados de obligación o de necesidad y de probabilidad o posibilidad (RAE, 2010: 537-540).

Según el verbo auxiliado, es decir, de acuerdo con la clasificación más conocida, las perífrasis verbales, se dividen en las de infinitivo, gerundio o participio (Gómez Torrego, 2011: 193). Por lo tanto, en las siguientes páginas clasificaremos las perífrasis según la forma del verbo auxiliado.

2.1.1. Las perífrasis de infinitivo

La primera y la más numerosa clase de las perífrasis verbales. Pueden ser modales, aspectuales o temporales. Las principales perífrasis modales de infinitivo son **deber + infinitivo** y **deber de + infinitivo** (RAE, 2010: 538) y las aspectuales y temporales son innúmeras. En la continuación nos propusimos enumerar las perífrasis de infinitivo más frecuentes:

Acabar de + infinitivo – Es la perífrasis aspectual que alude a una acción que ocurrió hace poco, aunque también puede indicar el fin de un proceso, p. ej., Acaba/Acabó de ducharse. También indica la negación de la terminación de la acción, además de la indecisión en el sujeto, p. ej., *No acabo por decidirme* o *No acaba de escribir* (Gomis y Segura, 1998: 94).

Dejar de + infinitivo – Una semiperífrasis aspectual resultativa, que equivale a *parar* o *cesar de*, y marca la interrupción o el cese de la acción expresada por infinitivo, p. ej., Dejé de hablarle después de ese día (*ibid.*, 95).

Deber + infinitivo – Es una semiperífrasis modal que expresa obligación, p. ej., *Miguel debe ser buen estudiante* (Tiene la obligación de ser buen estudiante). También puede expresar consejo como en Deberías comer menos (*ibid.*, 94).

Deber de + infinitivo – Una perífrasis modal que expresa probabilidad o conjetura, p.ej., *Miguel debe de ser buen estudiante* (Probablemente sea buen estudiante). La perífrasis anterior y esta fácilmente se confunden, especialmente al escribir o hablar, pues debemos prestar atención al significado (*ibid.*).

Echar (se) a + infinitivo – Una perífrasis aspectual incoativa que alude a una acción repentina, a veces inesperada, p. ej., *Se echó a dormir* (*ibid.*, 95).

Empezar/comenzar por + infinitivo – Una perífrasis escalar, es decir, perífrasis que marca la primera de una serie de acciones sucesivas (RAE, 2010: 546). Podemos utilizarla con la preposición *por* o *a* y según eso su significado cambia. De esa manera, al emplear la preposición *a* el significado es de ‘dar comienzo a la acción designada por el infinitivo’: (p. ej., Empecé a estudiar a la mañana). Al utilizar la preposición *por* la perífrasis significa ‘realizar en primer lugar la acción designada por el infinitivo’ (*Al día siguiente, cambié mi rutina y empecé por cocinar*) (DPD, 2005).

Estar a punto de + infinitivo – Es una perífrasis incoativa que con el auxiliar en presente o futuro simple de indicativo expresa el valor de ‘inminencia’, p. ej., *Está a punto de llover* (la lluvia es inminente). No obstante, con el auxiliar en pasado se alude a una acción que no se realizó, pero que estuvo muy cerca de realizarse, por lo que equivale semánticamente a las formas adverbiales *casi, por poco*, etc.: *Estuvo a punto de morirse* (casi se muere) (RAE, 2010: 544).

Haber de + infinitivo – Una perífrasis de carácter modal que incluye un leve matiz de futuridad, p. ej., *Has de ordenar tu cuarto* (Gomis y Segura, 1998: 95).

Haber que + infinitivo – Es una perífrasis modal obligativa la cual usamos en las construcciones impersonales, en tercera persona, p. ej., *Hay que respetar las reglas del juego*, (*ibid.*).

Ir a + infinitivo – La perífrasis aspectual incoativa en español cuyo valor principal es temporal. Por un lado, expresa la idea de un futuro inmediato (p. ej., *Voy a estudiar*) y por otro, la posterioridad respecto a un momento anterior, coincidiendo con el condicional (p. ej., *Parecía que iba a salir*) (*ibid.*, 96).

Liarse a + infinitivo – Una semiperífrasis incoativa coloquial que marca el inicio de una acción y tiene un matiz de aturdimiento o embarullamiento, p. ej., *Ayer se lió a estudiar y no salió en todo el día de casa* (*ibid.*).

Llegar a + infinitivo – Una perífrasis escalar que alude a una acción no tan fácil de realizar, puede implicar el esfuerzo, p. ej., *Llegué a hablar con ella* (RAE, 2010: 547).

Meterse a + infinitivo – Una semiperífrasis incoativa que marca el inicio de una acción para cuya ejecución uno no está preparado, p. ej., *Se metió a arreglar el ordenador y acabó estropeándolo todo* (Gomis y Segura, 1998: 96).

Pasar a + infinitivo – Como la anterior, esta también es una semiperífrasis incoativa y expresa la transición hacia un nuevo estado. Empleado así, el verbo *pasar* implica el fin de un estado anterior y a la vez el ingreso en uno nuevo. El verbo en infinitivo debe ser uno de los llamados de «entendimiento», p. ej., *Explicados los sustantivos, pasemos a estudiar sus clases* (*ibid.*, 97).

Poder + infinitivo – Una perífrasis modal que posee tres valores: el de capacitación (1), el de posibilidad (2) y el de permiso (3). Observemos ejemplos:

- 1) —¿Los médicos pueden mentir?
—No, no pueden.

- 2) —¿Puede estar tu amiga en la piscina?
—Sí, puede.

- 3) —¿Se puede entrar?
—Sí, se puede.

La perífrasis **poder + infinitivo** es compatible con **tener que + infinitivo**, pero su significado depende de la posición: si se encuentra delante, aporta el valor de posibilidad y si está detrás, el de capacitación. Veámos: *Tu hijo puede tener que ayudarnos* (es posible que tu hijo tenga que ayudarnos), *Tu hijo tiene que poder estudiar* (tiene que ser capaz de estudiar) (Yllera, 1999: 3360).

Ponerse a + infinitivo – Una perífrasis aspectual incoativa con la que expresamos el inicio repentino de una actividad, p. ej., *Se puso a limpiar* (Gomis y Segura, 1998: 97).

Quedar en + infinitivo – Perífrasis aspectual resultativa que denota un acuerdo, p. ej., *Quedó en escribirnos al llegar* (*ibid.*).

Romper a + infinitivo – Esta perífrasis incoativa alude al comienzo brusco y a veces inesperado de una acción generalmente ruidosa. Suele utilizarse con los infinitivos *llorar* y *reír*. Tampoco es raro el uso con *llover*, para marcar una acción rápida e inesperada, p. ej., *Rompió a chillar* (*ibid.*).

Soler + infinitivo – Esta perífrasis tempoaspectual alude a la repetición constante de un suceso, p. ej., *Solía desayunar tarde* (RAE, 2010: 542).

Tener que + infinitivo – La perífrasis modal de obligación a menudo reforzada por *sin falta*, p. ej., *Si quieres ganar el concurso, tienes que practicar sin falta* (Gomis y Segura, 1998: 97).

Terminar de + infinitivo – Una perífrasis terminativa que denota fin de un proceso, p. ej., *Terminó de estudiar* (RAE, 2010: 546).

Venir a + infinitivo – Una de las perífrasis modales con valor aproximativo. Es posible su sustitución empleando un verbo simple y añadiéndole las expresiones como *aproximadamente*, *más o menos*, etc. Ejemplifiquemos eso con la frase *Miguel viene a ganar 1.000 euros al mes* donde *viene a ganar* es posible sustituir con *gana aproximadamente* (Gomis y Segura, 1998: 97).

Volver a + infinitivo – Una construcción semiperifrástica aspectual que alude a la repetición, p. ej., *Yo que tú, volvería a intentarlo* (*ibid.*).

2.1.2. Las perífrasis de gerundio

Las perífrasis de gerundio aluden a una acción o un proceso en su progreso, por lo que todas son aspectuales. En las perífrasis de gerundio, a diferencia de las de infinitivo o participio, no podemos intercalar una preposición o la conjunción *que* entre el verbo auxiliar y el auxiliado. Hoy en día existe un desacuerdo relacionado con las perífrasis de gerundio: si son construcciones en las que el gerundio desempeña la función de complemento predicativo o de verdad son perífrasis verbales (RAE, 2010: 547).

Pasamos a enumerar las principales perífrasis de gerundio:

Acabar + gerundio – Una semiperífrasis terminativa que suele denotar la consecuencia de una acción, p. ej., *Si sigues comiendo tanto, acabarás engordando* (Gomis y Segura, 1998: 98).

Andar + gerundio – Una perífrasis frecuentativa que alude a las acciones que se ejecutan de modo intermitente, p. ej., *Me lo anda diciendo desde hace tiempo* (RAE, 2010: 550).

Continuar (seguir) + gerundio – Una semiperífrasis con matiz continuativo (*Estaban separados, pero seguían viéndose de vez en cuando*) y a la vez construcción antónima de **dejar de + infinitivo** (Gomis y Segura, 1998: 99).

Estar + gerundio – La perífrasis aspectual durativa con matiz progresivo que alude a las acciones en curso, p. ej., *La casa está ardiendo* (RAE, 2010: 547).

Ir + gerundio – Perífrasis de carácter durativo que denota la realización paulatina de la acción. Posee tres principales matices: durativo, incoativo y continuativo:

- 4) Durativo – La acción se prolonga lenta y gradualmente: *Cada vez voy teniendo menos memoria.*
- 5) Incoativo – El hincapié está en el principio de la acción, pero sigue conservándose el carácter durativo de la construcción: *Ve preparandote para mañana.*
- 6) Continuativo – La énfasis está en el esfuerzo/la dificultad con que se desarrolla la acción: *El chico ya aprobando los exámenes, pero no es ninguna lumbrera* (Fente Gómez, 31-32).

Llevar + gerundio – Una perífrasis aspectual con matiz de duración, p. ej., *Llevo dos horas esperándote*. En su forma negativa recurre a **llevar sin + infinitivo** (*Llevo un día sin trabajar*) (Gomis y Segura, 1998: 98).

Pasar(se) + gerundio – Esta perífrasis es similar a **estar + gerundio**, pero es más enfática, requiere un grupo nominal de significación temporal que, al mismo tiempo, ejerce la función del complemento directo de *pasar(se)*, como lo muestra la sustitución pronominal: *Se pasó la noche roncando*. → *Se la pasó roncando* (RAE, 2010: 551).

Venir + gerundio – Una semiperífrasis que alude a una acción empezada en el pasado y que sigue desarrollándose, p. ej., *Vengo trabajando en este proyecto desde hace muchos años* (Fente Gómez, 1976: 33). No obstante, la construcción posee también el valor aproximativo, p. ej., *...lo que viene costando hoy en día un coche* ('lo que cuesta aproximadamente') (RAE, 2010: 551-552).

2.1.3. Las perífrasis de participio

Las perífrasis de participio generan mucha polémica, pues a veces no se consideran perifrásticas. Las opiniones de los gramáticos en cuanto a las oraciones como *Tengo leído el artículo* difieren, pues unos consideran que representan las perífrasis y otros creen que son las oraciones copulativas con atributos adjetivales o participiales (RAE, 2010: 553). En las siguientes páginas enumeramos las más frecuentes:

Andar + participio – Una perífrasis aspectual con matiz durativo que indica la acción comenzada en el pasado que sigue siendo actual en el momento, p. ej., *Estos días ha fallecido su amigo, pues anda muy triste*. (Gomis y Segura, 1998: 99).

Dar(se) por + participio – Es una perífrasis terminativa resultativa (perfectiva) sustituible por *considerar + participio*, p. ej., *Doy por estudiadas estas lecciones (ibid.)*.

Dejar + participio – Una perífrasis terminativa que alude a los efectos producidos por una acción anterior. Véamos: *La catástrofe financiera nos ha dejado arruinados* (ibid., 100).

Estar + participio – La perífrasis que marca el estado resultante de una acción, p. ej., *Está dormido* (RAE, 2010: 553-554).

Ir + participio – Una semiperífrasis sustituible por **estar + participio**, p. ej., *Va muy preocupada por lo que le hemos dicho*. El verbo *ir* conserva matiz de movimiento. Otro valor que posee esta construcción es el acumulativo, que es equivalente a una construcción pasiva y generalmente se emplea en tercera persona del plural (Fente Gómez, 1976), p. ej., *Ya van escritas 100 páginas de mi nuevo libro*.

Llevar + participio – La perífrasis acumulativa que corresponde a **ir + participio** (Gomis y Segura, 1998: 100), p. ej., *Llevábamos recorridos 50 km, cuando ocurrió el accidente*.

Quedar + participio – Es una perífrasis resultativa durativa sustituible por **ser + participio**. «Su uso presupone el desarrollo de un proceso anterior cuyos resultados se consideran todavía operantes en el momento en el que se habla» (Fente Gómez, 1976: 45-46), p. ej., *La ventana ha quedado abierta*.

Seguir + participio – También una perífrasis resultativa con valor durativo. A diferencia de la anterior, la acción sigue desarrollándose (Gomis y Segura, 1998: 100) y equivale a **estar todavía + participio**, p. ej., *Tu cuarto sigue desordenado*.

Tener + participio – Esta perífrasis acumulativa resultativa posee varias matices, como terminación, duración, repetición (insistencia) y acumulación (Fente Gómez, 1976: 43-44). Ejemplifiquemos estos valores:

- 7) **Terminación:** Ten preparado el almuerzo cuando vuelva.
- 8) **Duración:** No he traído al niño conmigo porque lo tengo encerrado en su cuarto.
- 9) **Repetición:** Me tiene salvado muchas veces.
- 10) **Acumulación:** Tengo vendidos 300 ejemplares.

Traer (a alguien) + participio – Es una perífrasis durativa sustituible por **tener + participio** (Gomis y Segura, 1998: 100), p. ej., *Este niño me trae muy preocupado* (me tiene muy preocupado).

2.1.4. La diferencia entre locuciones verbales y perífrasis verbales

De vez en cuando se nos hace difícil distinguir la perífrasis verbal de la locución verbal. Sin embargo, hay algunos puntos en los que estas construcciones difieren. Como bien dice Gómez Torrego en su libro, la locución verbal designa un conjunto de palabras de las que al menos una es verbo y funciona como un núcleo del predicado (Gómez Torrego, 2011: 197), p. ej., *hacer añicos, tomar el pelo, echar de menos, caer en la cuenta ...*

Las locuciones verbales se constituyen de varias palabras cuyo centro siempre es un verbo. Son fácilmente distinguibles de las perífrasis por estas cuatro razones:

- 1) En la locución verbal, la conexión entre los dos verbos es íntima, así que la forma no personal no es sustituible por otras en el mismo conjunto
Echar a perder (*echar a ganar)
- 2) En las locuciones no hay verbos auxiliares ni principales; se trata de los verbos plenos
- 3) El primer verbo de la locución, a diferencia del de la perífrasis verbal, no nos aporta ninguna información
- 4) La locución suele equivaler a un verbo simple, p. ej., *echar de menos* (extrañar), *hacer añicos* (romper)...

3. La teoría de la traducción de Eugene Nida

La traducción: ¿arte o ciencia? Es la pregunta que plantea Nida en su libro *Toward a Science of Translating*. Además, es una duda que frecuentemente surge entre los traductores. Sin embargo, a esa pregunta no es fácil de responder, porque contiene los elementos de ambos. ¿Será que la traducción y sus procedimientos se pueden estudiar, o son, más bien, adquiribles solamente con la práctica? Nosotros, sin duda, diríamos que se adquiere con práctica, pero que también hay que poseer algunos fundamentos teóricos; y Nida concuerda.

En este capítulo se presenta su teoría de la traducción, sus reflexiones respecto a la labor de traductores y dos principales tipos de equivalencia traductora, la cual no es nada nuevo porque ya existía en el ámbito de la traducción, pues se toma como el concepto clave en el proceso traductor (Ivir, 1984). Sin embargo, Nida introduce dos conceptos relacionados con este, que más detalladamente estudiaremos en la continuación.

Varios traductólogos definen la traducción, pero nosotros destacaremos la definición de Nida y Taber, como también del mismo Nida, que figura en su libro *Science of Translation*. Según Nida y Taber, la traducción es reproducir el mensaje de la LO en la lengua receptora mediante una equivalencia natural y exacta, primero en cuanto al sentido y luego en cuanto al estilo (Nida y Taber *apud* Moya, 2004). Se considera correcta o incorrecta dependiendo del público al que va dirigida (Nida y Taber, 1982). También destacan que la mejor traducción es la que ni siquiera parece una traducción, sino el texto original. Nida apunta que la traducción no es una tarea fácil, pues se trata de un proceso complejo que incluye el análisis, la transmisión y la reestructuración (Nida, 1969: 483).

Nida, el traductor de la Biblia, teoriza sobre la traducción poniendo el hincapié al sentido y al receptor, como también a su reacción ante el texto traducido (Moya, 2004: 46). Según afirma, cada oración está compuesta de dos niveles: estructura profunda y estructura superficial. La estructura profunda la tienen las dos lenguas en juego, por lo que, como sostiene, al traducir, lo que se cambia, es la estructura superficial, es decir, lo que decimos o escribimos realmente.

Varios son los factores que influyen en las diferencias entre las traducciones. Aquí destacaríamos los destinatarios y las intenciones del traductor. Sin embargo, Nida en *Principles of correspondence* añade también la naturaleza del mensaje. Las intenciones del traductor, que suelen ser similares a las del autor original, pero no tiene que ser así, son los factores

importantes en dictar el tipo de la traducción (Venuti, 2004: 127). Nada menos importantes son los destinatarios, pues del hecho a quien o a quienes va dirigida la traducción depende el tipo del lenguaje que se empleará (juvenil, formal, técnico...).

Si hay que escoger entre el sentido y el estilo, Nida escogerá siempre el sentido. Existen unos factores que participan en la conformación del sentido como el espíritu de la época y la subjetividad del traductor.

Nida afirma que un traductor literario siempre está ante un «panorama de dualidades», pues tiene que elegir el contenido o la forma, el sentido o el estilo, la equivalencia o la identidad, la naturalidad o la correspondencia formal; en ese caso, Nida se inclina hacia la primera parte de la disyuntiva y la segunda la sacrifica. Pocas veces en la traducción uno puede reproducir ambas cosas – y el contenido y la forma, por lo que, generalmente, la forma suele sacrificarse por el contenido (Moya, 2004).

Como asegura Nida en su libro *Toward a Science of Translating*, una duda constante que surge en la traducción es si prestar más atención a la forma o al contenido. Sin embargo, para este traductólogo, lo crucial es el contenido del mensaje, tanto en la traducción de la Biblia, como en la traducción en general. Él pretende que la traducción sea la más natural posible, es más, que no aparente traducción. Así la reacción de los receptores del original sería igual a la de los de la traducción, lo que es el objetivo de Nida (*ibid.*).

3.1. Los requerimientos básicos para un traductor

Sin duda, muchos traductores, al menos una vez en la vida, se plantearon las preguntas «¿Cómo ser un buen traductor?», «¿Cómo realizar una traducción aceptable?», «¿Debe traductor conocer la lingüística?»

Nida nos ofrece las respuestas a todas esas preguntas. Asegura que el traductor, si lo que desea es realizar una traducción aceptable, debería de manejar muy bien la lengua de partida y, a la vez, dominar los recursos de la lengua de llegada (Nida, 2012: 147-148). También nos brinda algunos consejos, es decir, una lista de los requisitos que debe cumplir un buen traductor. De ser posible, él ha de servirse muy bien, tanto con la lengua de partida, como con la lengua de llegada. También debe de poder invertir las funciones de la LM y la LO en una traducción (*ibid.*). Como el primer requerimiento, Nida indica buen dominio de la LO, pero aún más importante es un buen control de la lengua receptora. Sin embargo, no bastan solamente los conocimientos lingüísticos, es decir, el conocimiento de las lenguas incluidas en el proceso de traducción, es más, debe conocer el tema de que se trate (casi) a la perfección (Limaye *apud* Nida, 2012), además de tener la sensibilidad lingüística de un escritor (Moya, 2004). Ahora bien, consideramos importante resaltar que de nada le servirá al traductor todo el conocimiento técnico si no posee un «espíritu francamente simpatizante», es decir, si no admira al autor, no comparte su talento y no se identifica con él en sus ideas, visión estética del mundo, etc. (Nida *apud* Moya, 2004: 62). También debería poseer la capacidad de interpretar con verosimilitud sus palabras y su estilo. Tampoco basta ser diestro en consultar los diccionarios o comprender el contenido evidente del mensaje. Nida sabe que traducir no es una simple tarea lingüística, pues el traductor ha de conocer las sutilezas del significado, los valores emotivos de las palabras, como también los rasgos estilísticos y las dos lenguas implicadas en el proceso de traducción.

Como afirma el traductólogo americano, una traducción no será eficaz por el mero hecho de conocer la materia de la traducción o por un buen manejo del idioma, a no ser que el traductor también tenga la capacidad de expresión literaria. El traductor no debería «distorsionar el mensaje ni añadir sus propias impresiones para que encaje en su propia visión intelectual y emotiva» (Nida, 2012: 156). Sin embargo, por su interpretación del TO, sus elecciones de las palabras y las formas gramaticales, él se verá automáticamente involucrado en su trabajo de

traducción (Nida, 1964). También afirma que los errores más frecuentes que los traductores cometen provienen de su falta de conocimiento de la LM (*ibid.*, 150).

«El traductor unas veces se excede en sus deseos de explicitar y otras no llega, así que nunca deja clara la línea entre lo que se ha de explicitar o no» (Moya, 2004: 61). Como afirman Nida y Taber, un buen traductor no forzará la estructura formal de una lengua con elementos de la otra, es más, hará todas las modificaciones formales necesarias para reproducir el mensaje conforme las formas estructurales propias de la lengua receptora (Nida y Taber *apud* Moya, 2004). El objetivo de cada traductor no solo es que la traducción sea comprensible, sino que sea, más bien, clara, coherente y que no genere malentendidos (Nida, 1964). En vez de lamentar la falta de ciertos rasgos en una lengua receptora; hay que respetar los rasgos de los que dispone y aprovechar al máximo sus posibilidades expresivas (Nida y Taber *apud* Moya, 2004). Sin embargo, no hay que traducir palabra por palabra, porque de esa manera se echará a perder el significado y, por ende, el sentido.

3.2. Dificultades en la traducción

En el proceso de traducción pueden surgir muchas dificultades, tanto en la traducción de prosa, como en la de poesía. Las diferencias culturales a veces representan para el traductor un obstáculo aún mayor que las diferencias en la estructura del lenguaje (Nida, 1964). Otra dificultad la representan falsos amigos, es decir, las palabras que, por su parecido, parecen ser equivalentes, pero no lo son (p. ej., *embarrassed* en inglés y *embarazada* en español). Consideramos importante destacar también las expresiones coloquiales, los proverbios, etc. De vez en cuando, el traductor se verá obligado a, por ejemplo, usar los verbos en vez de los sustantivos, sustituirlos por pronombres o cambiar el orden de las palabras (Nida, 1964). Ahora bien, hay veces en las que el traductor simplemente no puede dar con el equivalente y reproducir los elementos formales de la LO, p. ej., el orden de las palabras (*ibid.*, 165).

No obstante, hay que reconocer que traducir la poesía es mucho más exigente que traducir la prosa y los obstáculos que surgen distinguen mucho entre estos dos géneros literarios, pues el traductor ha de esmerarse para conseguir la rima, el metro, el ritmo, la aliteración... (Nida, 1964). Además, debe ser creativo, disponer de un nivel más alto de empatía y de excelencia estilística. Hay que destacar que en las traducciones de la poesía notaremos aún más discrepancias que en las de prosa, pues la interpretación del poema varía de un traductor al otro, por lo que varias traducciones del mismo poema no serán iguales. Por todo lo anteriormente mencionado, según apunta Nida en *Principles of correspondence*, traducir un poema lírico como la prosa no es un equivalente adecuado del original.

Lo mismo pasa con un texto literario, una novela, pues el traductor debe poseer los conocimientos literarios y culturales, ser creativo y cuidadosamente seguir el estilo del autor, porque el autor en una traducción debe respetarse.

3.3. Dos tipos principales de equivalencia

Según Nida, las respuestas de los receptores del original y las de los de la traducción deberían coincidir, pues distingue dos tipos de equivalencia: la formal y la dinámica. Empleando los mecanismos de descodificación y recodificación, en los que se reproducirá el sentido y en los que el traductor preservará intacto el contenido, podemos lograr la equivalencia dinámica. En este tipo de la equivalencia se pretende que el texto no sea malentendido por sus destinatarios, que la traducción sea la más fluida posible y suene tan natural como la propia lengua; su objetivo principal es que sus receptores no tengan ningún obstáculo al descodificarla.

La equivalencia dinámica tiene como fin naturalidad de expresión (Nida, 1964: 159). El énfasis se pone en la respuesta del receptor (*ibid.*), pero puesto que están las diferencias culturales e históricas, la respuesta no puede ser totalmente igual a la de los receptores originales, pues las dos deben coincidir lo más posible (Nida y Taber, 1982). El traductor dinámico se preocupa por la relación dinámica, es decir, que la relación entre el receptor y el mensaje sea igual a la que se estableció entre los receptores originales y el mensaje (Nida, 1964: 159-160). Para interpretar un texto, es irrelevante conocer la intención del autor. Deseando reproducir el mensaje, el traductor dinámico realizará todas las modificaciones formales necesarias, además tendrá que admirar al autor original e identificarse sentimentalmente con él y sus ideas. Con él también tendrá que compartir el talento y el trasfondo cultural si su deseo es producir con su texto un efecto equivalente en otra cultura (Moya, 2004). De vez en cuando, el traductor dinámico tendrá que reestructurar la forma, dependiendo del genio de la lengua de la llegada (*ibid.*).

La equivalencia formal se muestra muy fiel al TO, pues la traducción es literal, es decir, palabra por palabra, por lo que es probable que se cometan errores. El traductor formal, a diferencia del traductor dinámico, no transmite con verosimilitud ni el sentido ni el mensaje, además suele distorsionar el significado (Gentzler, 2001).

Nida considera que es «más probable que un traductor formal dé una interpretación menos apropiada y más distorsionadora del significado que un traductor dinámico, que no solamente dice más a los receptores, sino que es más fiel» (Nida *apud* Moya, 2004: 57).

4. Texto literario: *El mentiroso* de Mikel Santiago

Ese hombre y yo estamos tumbados sobre un frío suelo de hormigón, a un metro de distancia el uno del otro. Eso es todo lo que pasa en ese momento. Yo tumbado. Él tumbado. Ambos apoyados de lado y mirándonos fijamente.

— Hola — le digo.

El tipo no se mueve. Ni parpadea. Tiene una mirada retadora, un poco petulante, como si estuviera a punto de decir: «¡Eh! ¿Y tú qué miras, idiota?»... Solo que no va a decir nada, ni ahora, ni en un millón de años. Porque está muerto. El hombre que tengo frente a mí está muerto. Nadie se pasa tanto tiempo sin pestañear, o con la boca abierta. Un leve resplandor se cuele desde alguna parte. Se oyen pájaros, el rumor de una carretera con poco tráfico. ¿Qué hora es? ¿Qué ha ocurrido? Me siento despertar de un sueño muy profundo. Todo acontece dentro de una niebla irreal y fantástica. Miro a esa cara muerta. Tengo la sensación de haberla visto antes. ¿Dónde? Pero estoy cansado, me pueden las ganas de dormir. Cierro los ojos otra vez.

Sueño con un día soleado. La fragancia inconfundible de la hierba recién segada se funde con el olor del gasoil. Estoy cortando el césped. Mi segadora Outils Wolf va devorando hierba y creando una perfecta planicie de color verde esmeralda. El motor ruge y el jardín es una dulce mezcla de aromas. ¿Es mi casa? No... Yo no vivo ahí. Esa es la casa de un cliente. Soy jardinero, claro. Me dedico a cortar hierba, podar setos y otras tareas de mantenimiento en esos preciosos miniparaísos que pertenecen a gente a la que le sobra el dinero y le falta el tiempo.

— ¡Eh, Álex!

Álex. Ese es mi nombre. Y el que lo grita es un tipo alto, rubio, guapo, vestido con unos pantalones de kickboxing color pistacho y una camiseta de The Killers.

El tipo guapo (es un actor conocido, pero ¿cómo se llama?) viene caminando descalzo desde su chalé de una sola planta con tejado de pizarra, enclavado en una suave loma en el centro del valle. Habla con alguien por teléfono y me hace señas para que me detenga. Parece que quiere decirme algo, pero después, cuando abre la boca, no puedo escuchar nada.

Me despierto. No sé cuánto tiempo he pasado durmiendo, pero ahora hay más luz. Está amaneciendo y yo sigo allí, en esa especie de nave en ruinas.

El muerto también está ahí. Eso no era ningún sueño. Le observo. Barba negra, no muy cuidada. Pelo castaño, largo, con grandes vetas canosas. ¿Cincuenta años? Por ahí. Gafitas redondas, ligeramente descolocadas sobre la nariz. Ojos negros, coronados con cejas espesas que parecen cepillos. Mientras le miro, me percató de una gruesa mancha de sangre que le recorre la frente, muy pegada al cuero cabelludo. Le han abierto la cabeza. A ese tío lo han matado.

Comienzo a darme cuenta de la situación.

Quiero saber dónde estoy. Giro el cuello y entonces siento un dolor agudo en la base del cráneo. Ese tipo de dolor que te avisa: «No sigas por ahí...». Así que dejo de moverme. Dicen que si te rompes la crisma, es mejor quedarse quieto. ¿Me han golpeado a mí también? Pero ¿qué ha pasado?

Intento recordar algo. ¿Ha sido un ataque terrorista, tal vez? Me vienen a la mente esas terribles escenas de Francia y los terroristas islámicos. Pero allí no parece haber nadie más que nosotros dos. Es una especie de pabellón industrial abandonado, lleno de cascos y con las ventanas rotas.

Cierro los ojos. Trato de rebobinar la memoria. Es como esas veces que abres los ojos en medio de la noche y no sabes dónde estás. Esperas un poco y la información se va reconstruyendo ante ti. «Ah, estoy en tal sitio. Esta es la habitación del hotel cual. Todo encaja, vuelve a dormir.» Pero es que mis tal y cual no regresan a mí. No recuerdo por qué estoy allí. No logro encontrar ni un hilo del que tirar, nada que pueda explicarme esa situación.

¿Qué es lo último que recuerdo? Hago un esfuerzo por encontrar algo «ahí atrás» y lo primero que me llega es una imagen. Un lugar precioso, entre las montañas...

Estábamos en el jardín de Koldo y Leire, haciendo un pícnic. Leire había dispuesto unas mantas sobre el césped y nos hablaba de ellas.

— Impermeables por debajo, suaves como un osito por arriba. Las compramos cuando vivíamos en Holanda, allí saben mucho de suelos húmedos.

El césped estaba muy bien recortado. Koldo se había pillado uno de esos robots cortacéspedes y se había tirado casi media hora hablándome de sus virtudes en el garaje de la casa. Yo me suelo aburrir bastante con esas cosas; sin embargo, aquel tema me interesaba a un nivel profesional. Si esos robots comenzaban a proliferar, mi trabajo tendría los días contados.

Pasábamos una tarde muy agradable, bebiendo vino y comiendo panecillos con paté y mermelada casera, mientras los niños de Leire y Koldo correteaban por el jardín. Cuando ya parecía que no nos cabía un gramo más de comida, Leire trajo un termo de café con leche y un bizcocho.

— Tienes que probarlo, Álex —me dijo Erin—. Leire es la reina de los bizcochos.

Desde que nacieron los gemelos, Leire disfrutaba de dos años sabáticos «de crianza». Se dedicaba solo a ser madre, pero con la ayuda de sus suegros. Así que podía ir a nadar todos los días y tenía tiempo para leerse un libro por semana. Estábamos hablando de eso, de lo feliz que era en su excedencia de la agobiante consultoría en la que trabajaba, cuando salió el tema de los bebés. Erin opinaba que Leire era el modelo de comportamiento. Ella también se cogería un año completo «en cuanto tuviésemos un bebé».

Yo me quedé helado al oír eso. «¿Un bebé?»

— Entonces Álex se convertirá en el ganapanes familiar —bromeó Koldo

— ¿Qué te parece eso?

Miré a Erin y ella me miró a mí y se rio. Leire también se rio. Fue como si las hubiera pillado hablando de un secreto. Me giré hacia Koldo:

— Me parece que tendré que romper tu robot.

Después, sobre las seis y media, comenzó a hacer frío y Leire propuso que pasáramos dentro. Había hecho un gran día para ser octubre, un día casi de verano, pero «esto es el Cantábrico», recordó Leire. Así que recogimos los bártulos y entramos en la casa. Una casa de madera, dos plantas, muchísimo espacio. Cada uno de los gemelos tenía su propia habitación, tan grande

como el salón de cualquier apartamento de la ciudad. Y el salón tenía unas inmensas cristaleras esquinadas desde las que se podía contemplar el mar. Estuvimos hablando de la casa un rato. Koldo trabaja en el estudio de arquitectura del padre de Erin y le encanta hablar de esos temas. Que si este material para conservar mejor el calor, que si el suelo geotérmico, que si el aislamiento de micropartículas de carbono... Las chicas se abrieron un vino y Leire dijo que era hora de bañar a los pequeños.

— ¿Por qué no acompañas a Koldo, Álex? —dijeron entre risas—. Así vas aprendiendo.

«Otra vez ese rollo del bebé —pensé yo—, ¿qué se proponen?»

Ahí está mi último recuerdo. La casa de Koldo y Leire. Erin y eso de tener un bebé. Nada más. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces. ¿Un día? ¿Dos años? ¿Cómo he llegado a este lugar? ¿Qué hace este hombre muerto a mi lado? Tengo que moverme. Tengo que encontrar mi móvil y pedir ayuda. Estoy de costado, la mano izquierda atrapada bajo mi cadera, en una postura curiosa cuando menos. Supongo que me he caído y me he quedado en esa posición. Hago fuerza con el codo y me vuelco suavemente sobre la espalda. Al hacerlo, vuelvo a notar ese dolor en la nuca, que se irradia por toda la parte trasera de mi cabeza.

Me quedo mirando boca arriba. Ahora tengo un buen ángulo de visión y observo a mi alrededor. Un pabellón muy alto, de hormigón armado sucio, con un estilo arquitectónico antiguo. Hay cuadros de ventanas a los lados. Ventanas de marco de acero, con pequeños cristales, algunos de ellos rotos. El estilo de ventana de almacén o fábrica antigua.

«Espera un segundo —me digo—. Yo conozco este sitio. Claro que lo conozco. Es la vieja fábrica Kössler.»

Voy a intentar levantarme. Mi otro brazo, el que lleva extendido todo el tiempo, se mueve y entonces me doy cuenta de otra cosa. Cerca de mi mano hay un trozo de piedra. Un trozo bastante grande y con forma triangular. Una de sus puntas está empapada en sangre. Me siento y cojo esa piedra. La miro. Es un triángulo de granito. Llevo un dedo hasta esa punta manchada de rojo. Es sangre fresca. Suelto la piedra. Miro al hombre muerto a un metro de mí.

Ya no tengo tanta prisa por llamar a nadie.

1

LA MENTIRA

Alguien me dijo que había tenido un accidente. Recuerdo ver un montón de aparatos vibrando en las paredes de una ambulancia y dos enfermeros de la DYA a cada lado. «Has tenido un accidente —me dijeron—. Pero estás bien.»

Las imágenes vienen y van. Recuerdo que llegamos a un hospital por la entrada de urgencias. Una camilla y voces de gente. Una enfermera me pinchó algo. Un médico me hizo preguntas que no supe responder

— «¿Qué ha pasado?» «¿Puedes seguir el dedo con la mirada?» —, así que cerré los ojos y tuve sueños. Tuve un montón de sueños. Tuve ocho temporadas de sueños lo menos. En uno de ellos, estaba tumbado junto a mi madre, en una cama del hospital. Yo la llamaba pero ella no respondía. Estaba viva, ¿es que al final encontraron un tratamiento para ella? Al cabo de un rato, mi madre me miraba y me preguntaba quién era yo. «Soy tu hijo, Álex. ¿Es que no me recuerdas?» Un doctor —que curiosamente era el dentista al que iba de niño— me explicaba que el tratamiento experimental conllevaba una suerte de lobotomización del paciente. A cambio de aumentar su esperanza de vida, perdía toda su memoria. Bueno, al menos en mi sueño, aquello no parecía tan grave.

Me despertaba y veía más doctores. Gente conocida. Mi abuelo, Dana, Erin, su madre. Alguien les decía que «no es exactamente un coma, pero hay que ver la evolución». Después oía más conversaciones. «Seguro que iba hablando por el móvil.» ¿A qué se referían? «Ha dado negativo en alcoholemia.»

Alguien mandaba salir a todo el mundo. Había ruido en alguna parte.

Un escáner fotografiándome la cabeza. «No creo que se vaya a despertar», decía alguien. Volvía a dormirme.

En otro de mis sueños aparecía mi abuelo Jon Garaikoa. Un recuerdo en cinemascopio y con Dolby Surround intracraneal. Yo era un niño. Me había clavado un anzuelo en la pierna mientras intentaba pescar en el puerto de Ilumbe. Mi abuelo me decía que tendría que empujar el anzuelo hasta que saliera por el otro lado y después le cortaría la cabeza con un alicate.

«Cierra los ojos, Álex. Esto te va a doler.»

Alguien me clavaba algo, pero podría ser una jeringuilla. Entonces veía a ese hombre de la fábrica. El barbudo de los ojos negros — «Ya está, has sido un valiente» —, que me hablaba sin parar, muy rápido, pero yo era incapaz de entender nada. Estábamos en una fiesta. Sonaba Chet Baker. Un gran salón, muy elegante, lleno de gente. La espalda desnuda, sexy, de una conejita pelirroja era lo último que veía antes de que mi mente se diluyese como un terrón de azúcar en un vaso de leche caliente.

Después supe que había pasado más de veinticuatro horas en un estado cercano al coma. No se temió por mi vida, pero mi letargo llegó a mosquear a los médicos y estuve conectado a algunos ordenadores muy potentes que registraban cada pestañeo, latido o pedo que mi cuerpo emitía. Fui despertándome de manera muy paulatina, todavía en esa mezcla entre sueños y realidad.

Erin se encontraba a mi lado durante todo ese tiempo. La veía hablándome, cogiéndome de la mano, besándome. Yo intentaba preguntarle algo. «¿Qué ha ocurrido? ¿Volveré a andar?» Pero estaba sedado y no tenía fuerzas para hablar. Me dormía y soñaba con cosas extrañas. Una fiesta en la que sonaba Chet Baker y donde había animales vestidos de traje y corbata. Fuese lo que fuese lo que me habían inyectado, era un producto de primera.

Cuando finalmente desperté de esa especie de odisea de sedantes, amnesia y pesadillas, Erin estaba allí, hablando por teléfono junto a una ventana.

— No, al final le he pedido a Gurutze que me sustituya. Por lo menos el lunes. Quizá también el martes...

Supongo que hablaba de su colegio. Erin trabajaba en una escuela. Era maestra. Le había costado encontrar su verdadera vocación, así que a los veintinueve todavía era bastante novata.

— Estoy preparando las clases aquí, en el hospi...

Yo la miraba y la escuchaba hablar con alguien. ¿Leire?

— Sí. Un golpe muy fuerte en la cabeza. Lo demás está bien.

Seguro que era Leire. Ese tonillo medio infantil solo lo utilizaba con ella.

Ambas eran hijas únicas, habían crecido juntas y se trataban como hermanas.

Ella no se había dado cuenta de que estaba despierto, así que la observé en silencio mientras hablaba. Llevaba el pelo recogido en una coleta. La cara sin maquillar. Camiseta y vaqueros. Yo siempre le decía que era como más me gustaba, al natural, solo con un toque de aroma de jabón.

«Si hubiera tenido una maestra como tú, me habría colado hasta las cejas», le solía decir. A lo que ella contestaba: «Son críos de ocho años».

Pero a los ocho años también te puedes enamorar, aunque creas que solo es un dolor de tripa.

Por fin, en algún momento, se dio cuenta de que me había despertado.

— ¡Álex! —dijo al verme con los ojos abiertos—. ¡Leire, te tengo que dejar! ¡Álex acaba de despertarse! ¡Sí! —Colgó y soltó el teléfono en la mesilla. Se sentó en la silla y me cogió las manos entre las suyas—.

¿Cómo estás?

— Bien. Me duele un poco la cabeza. Y tengo mucha sed. De hecho, me muero de sed.

— Vale, espera.

Se puso en pie como un resorte, salió fuera y volvió al cabo de unos segundos con un vaso de plástico. También entró una enfermera, que miró la máquina, tocó unos cuantos botones, dijo que el médico se pasaría en unos minutos y volvió a dejarnos solos. Erin se sentó a mi lado y me acarició mientras yo bebía el agua.

— Despacio...

— ¿Qué ha pasado?

— Tuviste un accidente, ¿te acuerdas? Casi te matas, pero estás bien.

— ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

— Un largo día —dijo Erin—. Es domingo. ¿Qué pensabas?

— No sé, que igual habían pasado años.

Se rio.

— ¿Tan vieja me ves?

— Estás preciosa, Erin. Estás más guapa que nunca.

Erin me cogió la mano y la besó. Después se apoyó suavemente en mi almohada.

— Gracias a Dios que estás bien. Pensaba que... Bueno, he pensado de todo. Te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. ¿Puedes moverte bien?

Moví los pies, las rodillas, los brazos. Todo parecía en orden.

— ¿El golpe es grave? —pregunté.

— No —dijo ella—, tan solo una conmoción. Te saliste en una curva. Fue algo aparatoso, pero dicen que el airbag te salvó.

Yo lograba recordar algunas imágenes muy borrosas. Un hombre muerto. En el suelo de una fábrica.

— ¿Le hice daño a alguien?

— A un pino. Quizá tengas que pagar por eso. Por lo demás, tuviste mucha suerte.

Erin me contó lo que la Ertzaintza le había explicado: que yo iba conduciendo sobre las seis y media de la mañana por una pequeña carretera (la R-5678) que conecta Gernika con uno de los valles del interior. Al parecer me salí de la trazada y caí de frente contra un pino.

El morro de mi furgoneta, una GMC, lo rompió en dos antes de arrugarse un poco.

— Pero ¿qué ocurrió? —Erin sonaba preocupada—. ¿Ibas mirando el móvil? No pasa nada, todo el mundo lo hace, pero claro, la gente se mata con esas chorradas.

— No sé muy bien lo que pasó —dije.

Erin me explicó que fue un camionero el que llamó al 112. Este buen samaritano se bajó del camión y me encontró KO, durmiendo sobre el airbag. El hombre debió de oler a gasolina de la segadora que portaba detrás y se temió que aquello fuera a convertirse en una pira. Se dio prisa por sacarme de allí y me tendió en la ladera de la montaña. Eran las siete de la mañana del sábado.

— ¿A dónde ibas tan temprano?

— Yo...

Barba negra, ojos sin brillo.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Erin al cabo de unos segundos.

— Es que no lo sé —respondí—. No lo recuerdo bien.

— ¿Qué quieres decir?

— No me acuerdo de nada, Erin.

Ella dejó escapar un «guau» entre los labios antes de cogerme las dos manos, con delicadeza.

— No te preocupes —dijo—. Te diste un buen golpe en la cabeza. Seguro que es normal. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Cerré los ojos y rebobiné mis recuerdos. Pasé por una imagen de un hombre muerto, pero aquello era imposible. Yo no había matado a nadie. Seguí hacia atrás.

— El pícnic en la casa de Leire.

— ¡Pero si eso fue el jueves por la tarde! —Las mejillas de Erin se encendieron un poco—. Bueno. Tranquilo. Seguro que es algo normal.

Dijo eso, aunque su tono de voz indicaba lo contrario.

— A ver. Esa noche me llevaste a casa, pero no dormiste conmigo. Al día siguiente, viernes, tenías trabajo. Creo que era en el jardín de Txemi Parra, el actor...

— ¡Sí!

Recordé esa imagen. El jardín de Txemi. Él estaba vestido con ropa deportiva y bebíamos unas cervezas en su terraza. Aunque esa imagen podía pertenecer a cualquier viernes. Siempre hacíamos lo mismo.

— Después del trabajo yo fui a hacer unas compras —siguió diciendo Erin—. Este fin de semana íbamos a celebrar nuestro aniversario. ¿Te acuerdas de eso? ¿Del viaje a Toulouse?

— Puede... Sí...

— Bueno, veamos. A la vuelta de Bilbao fui al Club a jugar unos dobles. Y al terminar me tomé una cerveza. No te llamé. No puedo decirte más sobre el viernes.

Entonces entró gente en la habitación. Un médico con un aspecto estupendo —moreno, pelo negro muy brillante—, seguido por otros dos más jóvenes, chico y chica, y la enfermera de antes. El médico le pidió a Erin que nos disculpara un instante.

— Hola, soy Jaime Olaizola, el neurólogo. ¿Cómo estás?

— Bien... Bueno... Me acabo de despertar. Me duele un poco la cabeza.

— Muy bien. Te voy a examinar. Por favor, recuéstate.

El doctor Olaizola sacó una linternita de su bata y me proyectó una luz en los ojos mientras me hacía un montón de preguntas. Qué tipo de dolor sentía, si estaba mareado, si tenía náuseas...

Me pidió que me sentara en la cama. Lo hice y la enfermera me retiró una cura que tenía en la parte posterior de la cabeza. El doctor la estuvo observando un rato.

— ¿Recuerdas cómo te hiciste la herida?

— No —dije—. Se lo acabo de decir a mi novia. No recuerdo nada.

Noté un tenso silencio en la sala. Los otros doctores jóvenes se miraron el uno al otro.

— ¿Quieres decir que has perdido la memoria?

— Sí.

— Bueno, vamos a ver. —El doctor Olaizola se giró hacia la joven estudiante de Medicina—: Sandra, ¿cómo actuamos ante un caso de amnesia contusional?

La chica dio un paso al frente. Era bajita, con cara de ser la lista de la clase. Su compañero tenía más aspecto de merluzo.

— Deberíamos establecer si es anterógrada o retrógrada. Y establecer el límite temporal de la amnesia.

— Muy bien, Sandra —dijo Jaime con aires de profesor—. ¿Qué es lo último que recuerdas, Álex?

Noté las miradas de todos aquellos doctores sobre mí. Me sentía como un conejillo de Indias. Si respondía mal, quizá me abrieran el cerebro para mirar dentro. Cerré los ojos.

Barba negra, ojos sin brillo. Gafitas descolocadas sobre la nariz. Está muerto.

— Recuerdo el jueves por la tarde. Fuimos a casa de unos amigos a hacer un pícnic.

— El jueves por la tarde —dijo el doctor—, eso son más de veinticuatro horas hasta el momento del accidente.

— ¿Es malo?

— Es bastante tiempo, pero plausible. Una amnesia retrógrada puede ocupar minutos; en otros casos, como el tuyo, son horas. Lo que está claro es que esta contusión tiene la culpa. ¿Vivís juntos tu chica y tú?

— No, solo llevamos un año saliendo.

— Claro —sonrió el doctor Olaizola—, demasiado pronto para irse a vivir juntos, ¿no?

Sandra y el otro estudiante se sonrieron también. Un pequeño descanso de normalidad dentro del absurdo.

— ¿Con tus padres?

— No —y omití explicar que no había tales padres—, vivo con mi abuelo.

— ¿Jon Garaikoa? —dijo él—. Le conozco. Mi equipo lleva su caso.

— ¿Por qué es tan importante con quién vivo? Si es algo grave, puede decírmelo directamente a mí.

Jaime Olaizola me miró en silencio durante unos breves instantes. Y yo pensé: «Qué miedo dan esas miradas en los médicos».

— Verás, Álex. El golpe, en principio, ha sido bastante limpio. No hay derrames internos ni signos de alarma, aunque ha sido lo suficientemente fuerte como para provocarte esta amnesia. Lo cual, en sí mismo, es preocupante.

— Vale.

— El caso es que la herida tiene un aspecto... extraño.

— ¿Extraño?

— No cuadra bien con un accidente de coche. Como decimos los médicos, no es «compatible». ¿Recuerdas haberte golpeado con alguna otra cosa?

... veo esa piedra triangular, con uno de sus extremos manchado de sangre ...

— Parece una contusión focalizada —dijo Sandra—, como si le hubieran golpeado por detrás. Un objeto contundente y puntiagudo, diría yo.

— Quizá fue algo de lo que llevaba en mi furgoneta... —dije—. Soy jardinero y tengo un montón de trastos pesados en la parte de atrás.

— Eso es difícil. Contabas con la protección del reposacabezas. Las heridas en los accidentes de tráfico suelen situarse en la frente, los laterales..., precisamente por eso.

Noté que el médico hacía un gesto a mis espaldas. Sandra guardó silencio.

— Bueno, tranquilo. Ya irás recordando lo que ocurrió. En la mayor parte de los casos, la memoria regresa enseguida.

La enfermera volvió a ponerme el vendaje y, mientras tanto, el doctor Olaizola me explicó algunas cosas más sobre la amnesia, supongo que con el objeto de tranquilizarme un poco. Me habló del hipocampo, el sistema límbico y de cómo, a veces, la amnesia podía ser anterógrada, lo cual significaba que uno no podía crear nuevos recuerdos.

— También existe una amnesia psicológica, lo que llamamos una amnesia de fuga. Suele ocurrir ante un trauma psicológico importante, pero en tu caso, al existir un trauma craneal claro, creo que debemos enfocarnos en la recuperación física.

— ¿Tendrán que operarme o algo así?

— No, ni mucho menos. Lo normal es que los recuerdos vayan regresando por sí solos. La teoría dice que aparecerán en forma de sueños o flashes... Quizá te ayude visitar los lugares por los que pasaste en esas últimas veinticuatro horas. Hay otros métodos, como la hipnosis, pero eso es para casos extremos.

El doctor también me dijo que pusiera una especial atención en mi memoria en los siguientes días. Que intentase memorizar pequeñas cosas y comprobar si «se almacenaban correctamente». Debía estar atento a cualquier comportamiento fuera de lo normal: demasiado sueño, dificultad para expresarme y cosas por el estilo. Antes de irse, me hicieron un chequeo rápido preguntándome mi edad (veintisiete), el año en el que estábamos (2019), el nombre de mis padres (mi madre se llamaba Begoña; tuve que explicarle al doctor que nunca conocí a mi padre). Parecía que, en general, recordaba todas las cuestiones importantes de la vida. La amnesia se circunscribía entre el viernes 25 de octubre y esa misma mañana, domingo 27 de octubre. Algo más de cuarenta y ocho horas.

Me dijeron que me bajarían a planta y permanecería el resto de la noche en observación. Con suerte, podría regresar a casa al día siguiente.

Erin tardó un par de minutos en volver a la habitación. Supuse que el médico le estaría explicando los detalles de la amnesia a ella también.

Cuando entró, tenía ese gesto que se te pone cuando intentas disimular tu preocupación. Sonreía pero tenía el miedo dibujado en el rostro.

— Dicen que empezarás a recordar cosas muy pronto. Que no te angusties y que no intentes forzarlo. Mientras tanto, el doctor ha dicho que te tomes unos cuantos días de reposo. Si quieres, me puedo encargar de llamar a tus clientes.

Eso me hizo pensar en algo.

— Tú... ¿tienes mi teléfono? —pregunté.

— No, quizá esté entre tus cosas. Las enfermeras metieron todo en una bolsa de plástico, espera.

Erin sacó una bolsa del armario y la colocó sobre la cama. Se puso a mirar dentro.

— Buf, tendré que traerte ropa. Alguien te ha destrozado los pantalones.

Los han recortado o algo así.

— Los quitarían con tijeras —me encogí de hombros—, es lo que suelen hacer en los accidentes.

Erin encontró mi cartera, mis llaves de casa y las de la GMC, pero no el móvil.

— A lo mejor se ha quedado en la furgoneta, Álex.

— Vale. No pasa nada. Tengo una agenda de papel en casa, pídesela a Dana. Ahí están todos los números. En realidad, son solo ocho casas.

Diles que si pueden aguantar una semana con el césped largo, les haré un descuento.

— Vale —dijo Erin—, lo haré esta misma tarde.

— Por cierto, ¿ha estado mi abuelo por aquí?

— Sí. Estuvo ayer casi todo el día, desde que te trajeron. Estaba muy nervioso, ya sabes cómo es. Se dedicó a intentar organizarlo todo y la lio con un par de médicos. Le dijimos que era mejor que volviese a casa y esperara. ¿Quieres llamarle?

— Vale.

Erin me pasó un teléfono y marqué el fijo de la casa de mi abuelo Jon. El teléfono dio un par de tonos y después escuché un pequeño barullo de voces. Mi abuelo gruñendo por un lado, y la dulce voz de Dana por el otro.

— Dana —dije—, soy Álex.

— ¡Álex! ¡Gracias a Dios! ¿Cómo estás, cariño ?

Dana era de Ucrania. Hablaba mejor español que muchos nativos, aunque de vez en cuando arrastraba algunas palabras con su peculiar acento eslavo.

— Bien. Me he despertado al fin. El doctor dice que estoy bien, aunque tengo amnesia.

— ¿Amnesia? ¿Has olvidado?

— Sí. No recuerdo nada desde el jueves por la noche.

— ¡Ah! Yo te ayudaré con eso.

Escuché a mi abuelo por detrás. Gruñendo como siempre. «Pásame a mi nieto, ¡espía de Lenin!»

— Te paso a Jon —dijo Dana—, está poco nervioso. Ya sabes...

— ¡Álex! —Mi abuelo Jon cogió el teléfono—. ¿Cómo estás? Y dime la verdad, no te andes con rodeos.

Jon Garaikoa era así, como un vendaval de puro nervio.

— Estoy bien, abuelo —respondí—. Me han dicho que solo es una contusión.

— ¿Hay derrame? Conozco los golpes en la cabeza, nunca se puede decir que estén bien hasta que pasen unos días. ¡Escúchame! No te vayas del hospital hasta que te hagan todas las pruebas del mundo. He visto a hombres caerse secos de repente por no mirarse un golpe en la cabeza.

— Vale, lo tengo en cuenta, abuelo. Pero me han hecho varios escáneres y dicen que...

— De acuerdo. De acuerdo. Si necesitas algo, un pijama, tabaco..., lo que sea, mandaré a Dana. ¿Okey? Dime lo que necesites. A mí no me dejan ir. La comisaria política me tiene secuestrado. Dice que monté un cisco ayer, ¡ja!

— Tengo de todo, abuelo. Muchas gracias. Creo que pasaré una noche más y mañana por la mañana estoy en casa.

El abuelo se despidió y volvió a ponerse Dana. Le pregunté por ese «cisco» que había montado el abuelo.

— No te preocupes. No fue nada: tu abuelo empezó a llamar inútiles a los médicos y alguien llamó a seguridad.

Al cabo de un rato apareció por allí un celador y me informó que me bajarían a planta. Salí de aquel fantástico box de vigilancia intensiva y me mudé a una habitación en la que había un chico con la pierna enyesada por un accidente de moto. Le dije a Erin que se marchara a casa. Se había pasado el día anterior velándome y dormir en el butacón del hospital sería una tortura

innecesaria. Discutió un poco pero al final la convencí. Me prometió que vendría al día siguiente y yo le dije que no se diera prisa: «Estaré bien».

Así que me quedé solo, con la compañía de Unax —así se llamaba el chaval de la cama de al lado—, que se dedicaba a jugar con su Nintendo Switch y a intercambiar mensajes de móvil. En realidad, tampoco estaba buscando conversación. Sentía la cabeza como una esponja húmeda y pesada, con un dolor muy remoto en la parte de atrás. Esa herida «extraña» que había alertado a los médicos. Una herida que «no era compatible» con un accidente en carretera. Pero ¿de verdad había tenido un accidente? ¿Por qué? ¿A dónde iba yo conduciendo a las seis y pico de la mañana por esa carreterilla de mala muerte?

Una cara. Dos ojos negros, fijos, sin brillo .

Un hombre me mira, quieto, en el suelo. ¿Está muerto ?

— ¡Mierda! Oye, ¿no tendrás un cargador de Android?

Unax no lograba encontrar su cargador y parecía a punto de tener un ataque de ansiedad. Le dije que no.

— ¿Crees que si llamo a la enfermera tendrán uno?

Turno de cenas, ronda de saludos, visitas fuera. Las noches en el hospital. Las conocía bien, había pasado casi un año entero merodeando por uno, aunque en una planta mucho menos alegre. En hospitalización oncológica se libra una lucha más dura que una pierna rota. Recordé a mi madre, nuestras pequeñas victorias, cuando salíamos de allí sonrientes. Nuestras derrotas, cuando regresábamos.

Pensé que sería incapaz de dormir, pero tras la cena una enfermera me ofreció una pastilla y la tomé. Unax había comprado una tarjeta de televisión y estuve viendo una película de Denzel Washington hasta que me quedé dormido. Caí rápidamente en un sueño profundo. Como Alicia, descendí por la madriguera del conejo y en el fondo, ahí abajo, sonaba Chet Baker...

Estamos en una fiesta. Hay varias personas bebiendo, envueltas en una charla amistosa. No conozco a nadie .

Es un salón magnífico, con un mirador central desde el que se puede ver el ir y venir de la luz de un faro en la distancia .

Observo la decoración. Muchos muebles, butacas, canapés, incluso una chaise longue de terciopelo color frambuesa. Y muchos cuadros. Uno de ellos me llama la atención: un hombre desnudo con un pene descomunal.

En otro hay animales, vestidos de traje y corbata.

Suena «I Fall In Love Too Easily», de Chet Baker .

Entonces, un tipo se me acerca. Barba negra, gafitas, aspecto de intelectual. Trae dos copas en la mano .

— ¡Hola! Tú eres Álex, ¿verdad? Álex Garaikoa. Tenía muchas ganas de conocerte ...

Erin no me hizo caso y vino a primera hora del día siguiente con un par de cafés, donuts y un periódico. Era lunes y le pregunté si no tenía cole.

— He pedido a una compañera que me sustituya. Hoy tenía pocas clases.

Estaba guapísima con un vestido negro con estampados rosas, el pelo suelto sobre los hombros. Desayunamos hablando de todo un poco.

— Cancelé lo de Toulouse. No creo que estés para viajar en una temporada. También he llamado a tus clientes. Todo el mundo te envía un abrazo. Menos Txemi, a él le he dejado un mensaje en el contestador.

— Gracias.

— ¡Ah!, y mi padre se enteró de todo anoche. Ha estado en varias reuniones de trabajo en Tokio y ni se lo había dicho. Te manda otro abrazo gigante. ¿Qué tal tu memoria?

El doctor Olaizola me hizo la misma pregunta más tarde. ¿Había logrado recordar algo más? A ambos les respondí lo mismo: había tenido sueños extraños, pero no estaba seguro de que fueran recuerdos de nada real. No les conté demasiados detalles. Ese hombre de barba negra y gafitas... en algunas imágenes aparecía bebiendo vino en la fiesta, en otras estaba muerto sobre el suelo de hormigón de la vieja fábrica. ¿Qué sentido tenía eso? Para mí, en aquel momento, ninguno: era todo parte de una pesadilla recurrente.

Olaizola dijo que estuviese atento a esas imágenes extrañas: «A veces, una lesión neuronal puede provocar alucinaciones». El neurólogo repitió sus consejos sobre estar atento a mi memoria y me recetó paracetamol para sobrellevar el dolor, aunque pensaba que la hinchazón iría desapareciendo. Me citó en dos semanas para evaluar el progreso de la amnesia — «Posiblemente lo habrás recordado todo para entonces» —y me dio el alta tras recomendarme reposo, reposo y más reposo.

— ¡Pero si no tienes nada que ponerte! —dijo Erin al enterarse de que podía marcharme a casa — Iré a por algo.

Al cabo de una hora y media apareció con su madre, Mirari, cargada de bolsas. Mirari era un poco más baja que Erin, pero por lo demás eran como dos gotas de agua. Las dos tenían ojos grandes como océanos, y del mismo color azul, cosa de la que costaba darse cuenta porque

Mirari siempre iba con gafas de sol. Tenía un tic nervioso en los párpados que la obligaba a llevarlas para esconder su «pequeño nervio loco», como lo llamaba ella.

Pusieron todo sobre la cama: un conjunto completo de camisa, pantalón, cinturón, todo de Harmont & Blaine, y zapatos Timberland. Hasta los calzoncillos eran de marca.

— Esto es demasiado caro —protesté.

— ¿Qué pensabas que te íbamos a traer? ¿Harapos? —Mirari me miró con sorna detrás de sus gafas negras—. Vamos, pónelo.

Me cambié en el cuarto de baño y cuando salí las dos mujeres dieron su aprobación.

— Hemos acertado con las tallas.

— No sé. Yo me veo raro.

— ¡Eso es porque siempre vas en vaqueros y camiseta!

Los Izarzelaia —Erin, Mirari, Joseba— eran una de esas familias a las que no se les notaba el dinero casi nunca, excepto con cosas como esas.

Una compra de quinientos euros en ropa como si fuera un chupa-chups; un viaje a Sudáfrica para celebrar las Navidades; un iPhone por tu cumpleaños... Me despedí de Unax, que había conseguido recargar su Android y estaba feliz en su mundo de mensajes de móvil.

El mío continuaba en paradero desconocido, así que dejé un mensaje en el puesto de enfermeras por si alguien lo traía, aunque ellas insistieron que eso no ocurría nunca.

— Llama a la Ertzaintza. Si alguien lo ha cogido, serán ellos.

Un taxi nos esperaba en la puerta. Mirari, por su problema en los ojos, iba a todas partes en taxi. Nos montamos y salimos en dirección a Ilumbe. Hacía un día gris y plomizo y amenazaba lluvia. Madre e hija, sentadas en el asiento de atrás, iban hablando alegremente de sus cosas. Yo iba un poco más callado, mirando por la ventanilla. Las montañas cubiertas de espesos encinares, los valles de interior. Todo me recordaba esa visión de la antigua fábrica y esa absurda imagen que se repetía una y otra vez en mi cabeza.

El tipo no se mueve. Ni parpadea. Está muerto.

— ¿Álex?

Me giré. Mirari y Erin me miraban extrañadas.

— Estabas como ido... ¿Te encuentras bien?

— Se me había ido la cabeza, perdón, ¿qué decías?

— Que mi aita vuelve el jueves. Al parecer, las cosas en Tokio han salido a pedir de boca y va a organizar una fiesta en casa para celebrarlo.

Espera que te apuntes.

— Claro —respondí yo.

Unas nubes muy oscuras se cernían sobre la costa cuando llegamos a Punta Margúa, el cabo de roca en el que se asentaba, más mal que bien, nuestra casa familiar.

La casa de Punta Margúa estaba construida frente a un acantilado de casi treinta metros de altura. El lugar llevaba años sufriendo derrumbes por la erosión de las olas de forma que ahora todo el cabo se iba rindiendo y los terrenos de la casa estaban desestabilizados. En el pueblo la llamaban la «Casa Torcida» y lo cierto es que si colocabas una canica en cualquier habitación de Villa Margúa —que es como se llama en realidad—, corría a una velocidad preocupante hacia el mar.

El taxista hizo un comentario al hilo de esto según llegábamos a la gasolinera Repsol:

— Dicen que la diputación está pensando en expropiar estos terrenos, ¿no?

— Son solo habladurías —le respondí secamente.

Desde la Repsol salía el caminito de subida a la casa. Arriba, Villa Margúa surgía frente a unos frondosos pinares que discurrían por todo lo largo del acantilado.

Llegamos frente a la verja de entrada justo cuando comenzaban las primeras gotas de lluvia. Dana apareció corriendo con un paraguas.

Mirari y Erin dijeron que no querían molestar, pero Dana insistió: «Jon ha dicho que paséis. Además tengo almuerzo listo: alubias rojas con sacramentos ». Nos reímos de cómo sonaba ese plato típico en labios de una ucraniana. Dana había trabajado en un hotel del pueblo durante muchos años y conocía el recetario vasco de pe a pa. «Pimientos, muchos pimientos, siempre pimientos.»

Mi abuelo esperaba bajo el portón del garaje, con las manos metidas en los bolsillos. Jon Garaikoa era un armario de espaldas anchas vestido con un eterno jersey desgastado de color oscuro. Tenía un oído sordo y una larga cicatriz en la frente: heridas de guerra de un viejo

marino. Por lo demás, aún conservaba una buena cabellera de color plata y dos ojos pequeños y oscuros, avispados, reflexivos y duros.

— Le veo más delgado, Jon —dijo Mirari.

— Es la rusa, que me mata de hambre... ¡y de sed!

Lo dijo en voz alta para que Dana pudiera oírle, pero a Dana le daba igual. Su trabajo era cuidarle y lo hacía a conciencia. Mucha verdura y pescado blanco, poca carne, nada de frituras. Y sobre todo le controlaba el vino. Los neurólogos se habían apresurado a quitarle el alcohol ante sus primeros achaques y Dana se lo había restringido a tres vasos diarios. Uno en la comida, dos en la cena. Mi abuelo, que era capaz de beberse una botella al día, lo vivía como un calvario.

— Anda, Álex, saca una botellita de vino. Hoy es un día que hay que celebrar.

La tormenta caía a chorro. Un viento furioso embestía la casa de frente, que sonaba como un barco estremecido por el oleaje.

— Ya no me acordaba de cómo sonaba esta casa —dijo Mirari en el salón—.

Siempre que veníamos de niñas nos moríamos de miedo.

— Te acabas acostumbrando.—Dana dio una palmadita contra la pared, como si le palmeara la espalda a la casa—. Tiene buenos cimientos.

— ¿Habéis recibido algún otro informe del ayuntamiento?

Un técnico municipal hacía mediciones bimensuales de las grietas que había repartidas por las habitaciones. Se temía que los fundamentos pudieran rendirse a tal punto que se nos derrumbara encima. Por el momento, todos los informes nos permitían seguir viviendo allí. Además, no teníamos otro sitio donde caernos muertos.

— A mí tendrán que sacarme con los pies por delante —aseguró el abuelo.

Subí al botellero y saqué un rioja «de los buenos». Dana estaba preparando un canapé y me hizo un gesto como para decirme «no la dejes cerca de Jon». Le guiñé un ojo y regresé al salón con cuatro vasos.

Mirari estaba admirando las esculturas de Jon, y Erin le decía que sus favoritas eran la colección de hipopótamos de madera que «caminaban» cerca de la chimenea.

— Son de Uganda. Hechos a mano por el artista de un pueblo. Compré toda la colección a cambio de una cámara de fotos y dos botellas de brandi.

Aquella era la casa de un marino y se notaba mirases donde mirases.

Estatuillas africanas, tapices aztecas, máscaras de kabuki japonés.

Había viejas pinturas de barcos, un gran mapa naval y libros para aburrir. Los libros que mi abuelo leía en sus largos viajes a bordo de gaseros y toneleros, durante treinta años. Y en la repisa de la chimenea, la foto que siempre viajó con él. Mi madre con doce años, entre mi abuela y él. Nada más. Los demás recuerdos estaban escondidos, quizá porque dolían demasiado.

Nos sentamos en el sofá y serví el vino. Me aseguré de quedarme con la botella.

— Tienes buen color... —El abuelo me pellizcó la mejilla—. Cuando quieras saber si alguien va a morir pronto, mírale las mejillas.

— Vaya forma de hablar. —Dana venía con unos pintxitos de queso y anchoa.

— Pero es verdad. Una vez, en Uruguay, tuvimos que atender a un hombre que se había caído al fondo de un silo. Cuando lo subieron decía que no le dolía nada, pero tenía el rostro blanco como un hueso. Esa noche ya estaba muerto.

— El doctor le ha dicho que no era nada —dijo Mirari—. Un golpe fuerte.

Y lo de la memoria lo irá recuperando.

— Eso de la memoria también es preocupante...—El abuelo me señaló con un dedo—. ¿Sabes tu fecha de nacimiento? ¿Tu peso y altura?

— Todo eso lo sé. Lo único que me faltan son las cuarenta y ocho horas desde el viernes hasta el domingo —dije.

— ¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó Dana.

«Un hombre muerto», estuve a punto de decir.

— El jueves estuvimos en la casa de Leire y Koldo haciendo un pícnic.

Recuerdo estar allí, en el jardín, con sus mellizos. Nada más. Después me desperté en el hospital.

— Pero eso deja todo el viernes en blanco —dijo Dana—. ¿No recuerdas nada del viernes?

— No.

— Yo te puedo ayudar con eso —dijo Dana—. El jueves llegaste a la hora de la cena. No tenías hambre, pero jugaste una partida de continental.

Os di una paliza a los dos. Al día siguiente bajaste pronto al pueblo.

Desayunaste en el bar de Alejo y subiste el perriódico y el pan. A las once y media tenías que ir a trabajar a alguna casa.

— Txemi Parra —dijo Erin—, eso es lo que me dijo a mí.

— ¿El actor? —Mirari arqueó una ceja por encima de sus gafas negras.

— Sí.

— ¡Vaya clientela más selecta!

— ¿No recuerdas haber ido allí? —preguntó Dana.

— No. Supongo que fui, pero no soy capaz de recordarlo. Tendré que llamarle para preguntárselo. Y también tengo que encontrar mi teléfono.

— Nueces —dijo de pronto mi abuelo—, ¿tenemos nueces? Son buenas para la memoria.

— Hay nueces —asintió Dana con la cabeza—, pero creo que lo que Álex necesita es tiempo. Tiempo y descanso.

Dana preparó la mesa en el salón. Comimos las alubias rojas que estaban exquisitas y de postre unas cuajadas caseras con miel (en mi caso, acompañada de un plato de nueces). Mirari, siempre tan educada, conversó amablemente con mi abuelo. Eran viejos conocidos y, evitando siempre hablar de mi madre, Mirari sabía entretenerle con chascarrillos del pueblo. ¿Qué fue del cartero aquel que siempre iba en bici? Se jubiló.

Y el restaurante de las hermanas Zárate cerró, sí, pero no por esa historia que cuentan sobre un envenenamiento. En realidad, ganaron la lotería y ahora viven en Málaga.

Yo comí en silencio, sintiendo que el bulto de la nuca me dolía cada vez más. Además, notaba una leve ansiedad en el estómago, que trepaba hasta apretarme el cuello. Esa imagen del hombre muerto, que volvía una y otra vez. ¿Y si no era un sueño?

— ¿Estás bien, Álex? —Erin me sacó de mis pensamientos.

— Sí, sí, solo estoy un poco cansado. Nada más.

— Este chico siempre está en Babia —gruñó mi abuelo.

— No diga eso, Jon —amortiguó Mirari—. Tiene aspecto de estar muy cansado.

Nada más terminar de comer, mientras Dana preparaba café, Mirari llamó a un taxi. «Lo que tienes que hacer es echarte en la cama y descansar.» Erin me dijo que vendría al día siguiente y le dije que estuviera tranquila. «Dicen que va a hacer buen día. Vete a hacer surf. Yo voy a ser un coñazo estos días...» Aunque en realidad había otro motivo para querer estar solo. Necesitaba pensar. Recordar todas esas imágenes que aparecían bailando en mi cabeza como un juego de tiro al pato.

Llegó el taxi. Dana las acompañó con un paraguas y yo subí a mi habitación y me eché en la cama. La cabeza me pesaba como si la llevara envuelta en una toalla mojada, y un temor creciente me agobiaba.

Mi abuelo apareció en la puerta.

— Eh, grumete. Me alegro de que todo haya salido bien.

— Gracias, aitite .

— Me diste un buen susto, ¿eh? Solo tengo un nieto. Recuérdalo y conduce con más cuidado.

— Lo haré.

— ¿Qué pasó? ¿Te dormiste?

— No lo sé, aítite.

— Vale. Da igual. Sea lo que sea, es agua pasada. ¿Sabes qué ha sido de la furgoneta?

— Ni idea. Supongo que estará en alguna parte.

— Ya me encargo yo de preguntar. Anda. Ahora duérmete un rato.

Tomé dos paracetamoles y media Dormidina. Solo quería dejar pasar las horas y que mi cabeza comenzara a aclararse. Afuera seguía lloviendo y el viento bramaba. Punta Margúa se doblaba y la casa entera crujía. Una grieta recorría la pared norte de mi dormitorio: la grieta Calipso. Me quedé observándola. A veces, quizá eran imaginaciones mías, la veía agrandarse un poco y después volver a su sitio.

La casa estaba llena de grietas y las teníamos todas inventariadas y medidas, porque era algo que nos habían aconsejado hacía tiempo. El abuelo incluso les había dado nombres de fosas oceánicas: la grieta de las Marianas, en el cuarto de baño de la planta baja (desde el suelo hasta el techo); la grieta de Kermadec, en el salón (la mitad escondida tras la librería); la grieta de Tonga, que subía en paralelo a las escaleras...

Cerré los ojos. El doctor Olaizola había dicho que no debía forzar la máquina intentando recordar, pero lo hice casi de manera inconsciente.

Traté de visualizar algo. Empecé por mi último recuerdo. Esa tarde en la preciosa casita de madera con Leire y Koldo. El robot cortacésped. La cháchara sobre las passive houses que apenas necesitaban energía para calentarse. Y esas insinuaciones sobre tener bebés. Logré encadenar una imagen muy vaga despidiéndonos de ellos y entrando en el coche con Erin.

— Koldo es de esas personas a las que les encanta escucharse a sí mismas, ¿no? ¡No ha parado de hablar de su casa en toda la tarde!

— Está muy orgulloso, eso es todo. Mi padre dice que es muy bueno en lo suyo.

— Y lo del robot cortacésped es casi como una vacilada.

— Qué suspicaz estás, Álex.

— Bueno, ¿y eso de tener niños?

Después me dormí y tuve un sueño. Volvía a aparecer en esa fiesta. Yo hablaba de Chet Baker a dos hombres. Uno de ellos era el barbudo de gafitas, el otro...

Un tipo enorme, con una mandíbula de oso que ríe escandalosamente.

Viste un traje color tabaco. A su lado hay una mujer pelirroja, que está de espaldas a mí. Lleva un vestido muy sexy con la espalda abierta y me fijo en ella. Un buen trasero .

Les hablo de la tortuosa existencia de Chet Baker, a quien unos matones llegaron a romper la dentadura en una ocasión, por un asunto de drogas, con lo que arruinaron su carrera de trompetista. La verdad es que hablo sin parar. Creo que los estoy aburriendo .

El gigante se disculpa. «Perdón, un segundo.» Se marcha y regresa junto a esa pelirroja, que acaba de saludar a unos recién llegados. Yo me quedo a solas con el barbudo. Sus ojos de cuervo, negros y profundos, me miran como si estuviera planeando una travesura. Mira hacia atrás. Parece que quiere asegurarse de que estamos solos .

— Escúchame, Álex. — El humo del puro crea una especie de bruma entre nosotros dos —. Tú y yo tenemos que hablar de algo.

Entonces aparece esa mujer pelirroja, sonriendo. Es más mayor de lo que pensaba al verla por detrás. Me pone una mano en el hombro, cariñosa .

— Álex... No te estará aburriendo nuestro famoso escritor, ¿verdad ?

¿Escritor?

El rumor de un trueno me despertó. Uno de esos bramidos de los dioses que viajan por encima de las nubes.

Había dejado de llover, pero el viento seguía aullando fuera de la casa.

Podía oírlo rozando la fachada, intentando arrancar las tejas o las ramas de los árboles. Miré mi pequeña alarma de mesilla: las doce y veinte de la noche. Joder con la pastilla: me había hecho dormir casi cinco horas.

Pensé en ese sueño persistente de la fiesta. ¿Y si no fuera un sueño? Las imágenes se habían quedado pegadas a mi cabeza como hojas que se encallan en la orilla de un río. Podía recordarlas. ¿Eran recuerdos? Pero ¿qué hacía yo en esa casa, con toda esa gente desconocida? Y ese tipo de barbas ¿quién era?

¿Un escritor? Nada tenía demasiado sentido. Recordaba a ese hombre en una fiesta, y después lo recordaba muerto, en el suelo de hormigón. ¿Y si todo fuera una jugarreta de mi subconsciente? Los sueños son así: absurdos. De pronto estás jugando un partido de tenis con tu profe de párvulos. O a bordo de un avión, sentado junto a la chica que te gustaba en el instituto. ¿Y si solo fuera una cara al azar que mi cerebro había entretejido con otras cosas?

No podía seguir acostado, las tripas me rugían. Me levanté de la cama y salí descalzo al pasillo. La casa entera dormía y la primera planta permanecía en silencio. Caminé a tientas sobre la alfombra. Pasé frente a la habitación de mi abuelo, que estaba a oscuras. Tampoco había luz en el dormitorio de Dana, al fondo del pasillo.

Bajé a la cocina. Dana había dejado una cazuela de bonito con tomate sobre la chapa. Me serví un buen trozo y me lo comí mientras ojeaba las revistas de pasatiempos y sudokus que había sobre la mesa. Eran parte de los «deberes» del abuelo. Cosas que los neurólogos habían sugerido. Juegos mentales, de memoria... incluyendo nuestras partidas de cartas.

«Los ejercicios de estimulación cognitiva sirven para retrasar el deterioro de la memoria, solo eso, aunque son nuestra mejor baza.»

Nadie se atrevía a mencionar las palabras terribles: alzhéimer, demencia..., pero lo cierto es que el abuelo, sobre todo desde que murió mi madre, había empezado a tener pequeños despistes «cada vez más serios». Lagunas de memoria. Olvidos. Incluso momentos en los que parecía quedarse en blanco. Bueno, yo ahora sabía muy bien lo que era sentirse así, en blanco, incapaz de recordar. Era una sensación que te ahogaba si te centrabas en ella. ¿Cuándo comenzaría a recordar? El doctor Olaizola había dicho que «en unos días», pero ¿y si no era así?

Después de cenar fui al salón. El viento enviaba ráfagas de agua contra los cristales y agitaba la hierba y los abetos y rododendros del jardín norte. Al fondo, la negritud del océano, solo rota por las luces diminutas y lejanas de algún buque mercante.

Casi sin pensarlo, me acerqué a la estantería de libros. Mi abuelo tenía cientos de ellos, y afirmaba haber leído «más de mil» en sus tiempos como capitán de barco, cuando un libro era el mejor amigo en las larguísimas y monótonas travesías por los siete mares.

«Escritor», murmuré al recordar ese sueño, ese hombre de barbas hablándome en esa fiesta. «¿Eras escritor?»

Acaricié los lomos de aquellos libros, muchos de cuyos autores eran completos desconocidos para mí. He de admitir que no soy tan gran lector como mi abuelo. Lo que estaba buscando era un tipo «nacional» o, mejor dicho, «un tipo local». Un hombre de barbas y ojos negros de aguilucho.

Saqué un par de libros y miré la foto de los autores: tipos con el pelo color plata, o calvos, o con el pelo rubio. Aquello era inútil. Quizá solo debía esperar un poco más.

Algo sonaba en el jardín. El ruido de un golpeteo. Cogí una manta del sofá, me la puse sobre los hombros y abrí el ventanal. Una ráfaga heladora y un cielo polar me saludaron, pero ya no llovía. Un grupo de nubes rotas huía en desbandada, abriendo grandiosos claros de estrellas sobre el mar.

El golpeteo venía de la cancela de la valla. Fui hasta allí descalzo, sobre la hierba húmeda. El aire en la cara y el frío en los pies me espabilaron un poco. Llegué a la valla y cogí la cancela con la mano. Veintisiete años y aún me daba respeto cruzarla. De niño, mi madre vivía obsesionada con ese acantilado. Era sencillamente incapaz de dejarme solo ni un minuto. Todavía podía verla asomándose por la ventana.

— ¿Álex? Quédate cerca de la casa, ¿eh? No te acerques al borde.

— Síííí, ama.

Abrí la cancela. Había unos veinte metros de hierba por delante, hasta el borde del acantilado. En una noche oscura y sin luna como aquella podrías caerte sin tiempo a gritar una sola palabra.

Caminé despacio y me detuve en la linde del sendero. Era la última señal antes del vacío, una ruta pública que comenzaba en Ilumbe y terminaba en Bermeo, pero que muy poca gente recorría ya. Al este, el cabo bajaba hasta un mirador con un pequeño aparcamiento, un sitio muy frecuentado por caravanas. Al oeste, a casi dos kilómetros de la casa, el acantilado se rompía en una larga playa que recibía su nombre — Ispilua, «espejo» —del arenal liso y brillante que dejaba la marea al retirarse.

Me quedé allí inmóvil, escuchando el rumor del mar al batir los pies del acantilado. Miré las estrellas y vi las luces rojas y blancas de un reactor, que surcaba el cielo a miles de metros por encima del mar.

«Ama.»

— No debemos estar solos. No hemos nacido para estar solos. Cuando yo me vaya, debes ir con tu abuelo. Volver a Ilumbe.

A veces era imposible recordarla. Otras veces, su sonrisa aparecía nítida ante mis ojos. Aquella sonrisa mágica que era capaz de aliviar los días más negros. «Estoy bien», no se cansaba de repetirlo. Aunque no era verdad. Ella solo quería protegerme, alejarme del terror y del sufrimiento. Y lo hizo a conciencia, como la madre fuerte y valiente que era. Intentó mentirme aunque no lo consiguió.

La muerte se nos acerca cargada de sabiduría, y en aquel vuelo de ocho horas rumbo a Boston, cuando todavía creíamos que ganaríamos nuestra guerra, mi madre me habló de algunas cosas de las que nunca habíamos hablado.

— Yo no me llevaba bien con él. Pero eso no significa que haya dejado de ser mi padre. Ni tu abuelo. Y hay algo más...

Hasta entonces, ella se había negado a decirme quién era mi padre («para mí siempre estuvo muerto»), pero en ese vuelo Madrid-Boston me lo contó por fin: era un marino que recaló en Ilumbe. Me dijo su nombre y me dijo cómo podía encontrarlo. Todo esto lo hizo por el dinero, claro, por ese montón de dinero que no teníamos y que, de alguna manera, yo me las había ingeniado para hacer brotar del suelo.

— La clínica, el tratamiento experimental, el vuelo... Es una fortuna.

— Me las arreglaré, ama.

Mi madre no sabía de dónde había sacado el dinero, pero se temía (con razón) que me hubiera metido en líos...

— Siempre he sabido buscarme la vida.

— Lo sé, cariño, pero a veces todos necesitamos ayuda. No dudes en aceptarla si...

Yo me negué en redondo. Le dije que no necesitábamos a nadie, y menos a ese padre renegado que jamás hizo acto de presencia en mi vida.

«También está muerto para mí.»

Escuché un bocinazo y abrí los ojos. Era de día. La tormenta había pasado y una luz preciosa dibujaba un rectángulo en el suelo de pinotea de mi cuarto.

Otro bocinazo: ¿el panadero?, ¿Erin? Me levanté y me acerqué a la ventana, todavía con una legaña en el ojo. Vi a Dana correr a toda prisa en dirección a la verja. Allí había un coche. Un coche patrulla con sirenas azules y el logotipo de la Ertzaintza.

«Hostia.»

Se me paró el corazón unos segundos. No me podía mover de la ventana. Es como si me hubieran clavado los pies al suelo. Después reaccioné.

Intenté pensar a toda prisa. ¿Había algo en mi habitación que debía esconder? Fui al escritorio, pero allí no había nada fuera de sitio. Miré debajo de la cama. Saqué una mochila negra. Allí no había nada necesariamente ilegal. Cuerdas. Palancas. Luces frontales. Una curiosa colección de material, nada más. No había ningún paquete, blíster o cajita que debiera preocuparme. Las únicas drogas que había en mi cuarto eran las que me habían dado en el hospital.

Lo «otro», lo preocupante, siempre dormía fuera de casa.

Dana me gritaba al pie de la escalera:

— ¡Álex! Es la policía. ¿Puedes bajar un minuto?

— ¡Voy! —grité metiendo la mochila de «útiles» debajo de la cama otra vez.

Miré una vez más por la ventana, a través de las cortinas. Mi abuelo acababa de aparecer en escena. Charlaba con uno de los dos agentes, un hombre, mientras que la otra ertzaina, una chica de pelo rubio, salía del coche con una carpeta bajo el brazo.

«¿A qué vendrán?»

Me vestí a toda prisa —vaqueros, camiseta (Mirari tenía razón)— y bajé al salón.

—Tranquilo. Estos no vienen a detenerte —dijo mi abuelo al verme, quizá porque notó mi cara de susto—, solo partiste un pino por la mitad.

Los dos patrulleros de la Ertzaintza estaban de pie junto a la mesa del salón. Con sus camisas negras, sus placas y sus pistolas. Eran una mujer joven y un hombre. Ella tenía una cara muy

bonita. Una nariz especialmente agradable. Ojos azules y pestañas gruesas. Se dirigió a mí con una sonrisa tranquilizadora:

— ¿Álex Garaikoa?

— Soy yo.

— Soy la agente Nerea Arruti y él es el agente Blanco. Hemos venido para cerrar el atestado del accidente, si tienes un minuto, claro.

Ellos sonrieron y se quedaron quietos y callados, como si esperasen una invitación formal a sentarse.

— Quizá es mejor que nos dejen solos —le dijo la agente a mi abuelo al ver que yo no reaccionaba.

—¿Quieren café o té? —preguntó Dana.

Los polis rehusaron muy profesionalmente, así que Dana y mi abuelo salieron y cerraron las dos puertas del salón tras ellos.

La agente Arruti me recordó a Carrie Mathison en *Homeland*. Una poli motivada y con ganas de hacer bien su trabajo. El agente Blanco, en cambio, era mayor y su cara decía «no me des guerra que estoy a punto de jubilarme». Miraba a un lado y al otro, curioseando.

— Qué montón de esculturas. Son preciosas. ¿Africanas?

— Hay de todo el mundo. Mi abuelo era marino. Las coleccionaba.

— Ya veo...

— Bueno, y ¿cómo te encuentras? —preguntó la joven ertzaina.

— Bien —dije—, el médico dice que solo ha sido una contusión. Creo que he tenido bastante suerte.

— Así es. La cosa podría haber sido mucho peor.

El agente Blanco asintió como diciendo amén. Arruti continuó:

— Bueno, verás, Álex. Fuimos Blanco y yo los que asistimos durante tu rescate. También fuimos contigo hasta el hospital, aunque ya veo que no te acuerdas. Es normal, estabas inconsciente.

Asentí con la cabeza.

— Esto es un mero formalismo. En un accidente de este tipo, sin otros vehículos implicados, daños o víctimas, se suele seguir un protocolo rápido. Durante tu ingreso pedimos algunas pruebas de toxicología. Todo negativo, aunque tenías algo de alcohol en sangre, doscientos miligramos por litro, lo cual entra dentro de lo permitido.

Eso me sorprendió.

— ¿Había bebido?

— Un poco. Una copa de vino. Una cerveza. Algo así. ¿Estuviste de fiesta?

Me encogí de hombros.

Antes de que pudiera mencionarles la amnesia, Arruti retomó la palabra:

— Bueno, el caso es que desde el hospital nos han informado de una contusión previa. Algo que podría estar relacionado con el accidente.

¿Recuerdas algo de ese golpe?

Yo me quedé callado durante unos instantes.

— ¿Han hablado con mi médico?

Arruti frunció el ceño. Negó con la cabeza.

— Hemos recibido una llamada del juez. El hospital está en la obligación de informar al juez cuando detecta indicios de un delito. Lo de tu herida...

— Vale, entonces no lo saben... —comenté en plan misterioso.

— ¿El qué?

— Que sufro de amnesia. Me han diagnosticado una amnesia retrógrada postraumática.

Aquello me quedó de manual. Una frase digna de un vendedor de crecepele. Los vi pestañear, perplejos.

— ¿Una... qué?

— No recuerdo nada de lo que sucedió antes del accidente —expliqué con un leve toque de condescendencia en la voz.

La agente Arruti se recostó en la silla y echó una mirada furtiva a su compañero, que arqueó las cejas.

— ¡Vaya! ¡Esta sí que es buena!

El agente Blanco miró a algún punto indeterminado de la pared.

¿Seguía observando las esculturas? Arruti, en cambio, me clavó la mirada.

— Pues me parece que va a ser difícil hacer el atestado — dijo —. Pero ¿sabes cómo te llamas y todo eso? Quiero decir, ¿has perdido toda la memoria o solo una parte?

— Las cuarenta y ocho horas anteriores al accidente, más o menos. No recuerdo lo que ocurrió desde el jueves por la tarde hasta que desperté en el hospital.

— ¿Y no has logrado recordar nada? Han pasado unas cuantas horas.

La fiesta. Chet Baker. La pelirroja. El barbudo, vivo, sonriente. Soy escritor. Una copa de vino en la mano. Después, en la fábrica, con la boca abierta y los ojos apagados.

— Tengo algún flash —dije—. Cosas sueltas, sin demasiado sentido. El neurólogo dice que pueden ser alucinaciones.

— Vaya —Arruti se frotó la nuca con una mano—, es la primera vez que conozco a alguien con amnesia. Debe de ser angustiante.

— Lo es.

Se hizo un pequeño silencio. Blanco tenía toda la pinta de querer largarse cuanto antes, pero Arruti estaba reconcentrada, como pensando algo. ¿En qué pensaba? Es como si desconfiara de mí.

4.1. Traducción del texto literario: *Lažljivac* de Mikel Santiago

Taj čovjek i ja ležimo na hladnom betonskom podu, udaljeni metar jedan od drugoga. To je sve što se događa u tom trenutku. Ja ležim. On leži. Oboje na boku i netremice se gledajući.

— Bok — kažem mu.

Tip se ne miče. I ne trepće. Gleda izazivački, pomalo bahato, kao da će reći: »Hej! Što ti gledaš, idiote?«... Samo što neće reći ništa, ni sada, ni za milijun godina. Zato što je mrtav. Čovjek preda mnom je mrtav. Nitko ne provede toliko vremena a da ne trepne ili otvorenih ustiju.

Odnekuda dopire blagi sjaj. Čuju se ptice, zvuk slabo prometne ceste. Koliko je sati? Što se dogodilo?

Imam osjećaj da se budim iz jako dubokog sna. Sve se odvija unutar neke nestvarne i izmišljene magle.

Gledam to mrtvo lice. Imam osjećaj da sam ga već vidio. Ali gdje?

Međutim, umoran sam, savladava me želja za snom. Ponovno zatvaram oči.

Sanjam sunčan dan. Jasan miris tek pokošene trave miješa se s mirisom nafte. Kosim travu. Moja kosilica Outils Wolf proždire travu i stvara savršenu smaragdno zelenu ravnicu. Motor riče, a vrt je slatka mješavina mirisa. Je li to moja kuća? Ne... Ja ne živim ondje. To je kuća moje mušterije. Pa naravno, ja sam vrtlar. Bavim se košnjom trave, podrezivanjem živice i ostalim poslovima održavanja u tim prekrasnim malim rajevima koji pripadaju ljudima koji imaju višak novca i manjak vremena.

— Hej, Alex!

Alex, to mi je ime, a izvikuje ga neki visok, plav, zgodan lik koji nosi hlače za kickboxing boje pistacija i majicu kratkih rukava sastava The Killers.

Zgodni lik (poznati je glumac, ali kako se zove?) bos hoda prema meni iz svoje prizemne vile s krovom od škrljevca, uklopljene u blagu uzvisinu u središtu doline. Razgovara s nekime na telefon i daje mi znakove da se zaustavim. Čini se da mi nešto želi reći, ali kasnije, kada otvori usta, ne čujem ništa.

Budim se. Ne znam koliko sam vremena spavao, ali sada ima više svjetla. Sviće, a ja sam još uvijek ondje, u toj svojevrsnoj ruševnoj hali.

Mrtvac je također ondje. To nije bio nikakav san. Promatram ga. Crna brada, ne baš njegovana. Duga smeđa kosa, sa velikim sijedim pramenovima. Pedeset godina? Tu negdje. Okrugle naočalice, blago nakrivljene na nosu. Crne oči, okrunjene gustim obrvama nalik na četke.

Dok ga gledam, opažam veliku krvavu mrlju koja mu se proteže čelom, vrlo blizu vlasišta. Razbili su mu glavu. Tog su tipa ubili.

Počinjem shvaćati situaciju.

Želim znati gdje sam. Okrećem vrat i tada osjetim oštru bol u podnožju lubanje. Onaj tip boli koji te upozorava: »Nemoj dalje...«. Tako da se prestajem micati. Kažu da ako si razbiješ glavu, bolje je ostati miran. Jesu li i mene udarili, što se dogodilo?

Pokušavam se prisjetiti nečega. Je li to možda bio teroristički napad? Sjetim se onih strašnih scena iz Francuske i islamskih terorista. Međutim, čini se da ondje nema nikoga osim nas dvoje. To je neka vrsta napuštenog industrijskog paviljona razbijenih prozora i punog krhotina.

Zatvaram oči. Pokušam premotati pamćenje. To je poput onih situacija kada se probudiš usred noći i ne znaš gdje si. Malo pričekaj i informacije ti se slože. »Ah, na tom sam mjestu. Ovo je soba u onom hotelu. Sve štima, spavaj dalje«.

Ali ne sjećam se ničega. Ne sjećam se zašto sam ondje. Ne uspijevam pronaći niti jednu nit za koju bih se uhvatio, ništa što bi mi objasnilo ovu situaciju.

Što je posljednje čega se sjećam? Trudim se pronaći nešto »tamo iza« i pred oči mi prvo dođe neka slika. Neko prekrasno mjesto, u planinama...

Bili smo u Koldovom i Leirinom vrtu, na pikniku. Leire je prostrla neke deke po travi i govorila nam o njima.

— Npropusne odozdo, meke poput medvjedića odozgo. Kupili smo ih dok smo živjeli u Nizozemskoj, ondje dosta znaju o vlažnom tlu.

Trava je bila jako dobro pokošena. Koldo si je nabavio jednu od onih robotskih kosilica i gotovo mi je pola sata, u garaži, razglabao o njenim prednostima.

Obično mi takve stvari poprilično dosađuju; međutim, ta me tema zanimala na profesionalnoj razini. Ako se ti roboti počnu širiti, mojem bi poslu bili odbrojani dani.

Jako smo ugodno proveli popodne, pili smo vino i jeli peciva s paštetom i domaćom marmeladom, dok su Leirina i Koldova djeca trčkarala vrtom.

Kada se činilo da u nas više ne stane ni gram hrane, Leire je donijela termosicu kave s mlijekom i biskvit.

— Moraš ga probati, Álex — rekla mi je Erin. — Leire je kraljica biskvita.

Otkad su se rodili blizanci, Leire je uživala u dvije slobodne godine »za odgoj«. Posvetila se samo majčinstvu, ali uz pomoć svekra i svekrve. Stoga je svaki dan mogla ići plivati i imala je vremena svaki tjedan pročitati jednu knjigu. Razgovarali smo o tome, kako je bila sretna što je bila na neplaćenom dopustu od iscrpljujućeg posla u uredu, kada smo počeli razgovarati o djeci. Erin je mislila da se na nju treba ugledati. Ona bi si isto uzela cijelu jednu godinu »kada budemo imali dijete«.

Smrznuo sam se kada sam to čuo: »Dijete?«

— Álex će se onda pretvoriti u obiteljskog slugu — našalio se Koldo.

— Što misliš o tome?

Pogledao sam Erin, a ona je pogledala mene i nasmijala se. Leire se također smijala. Bilo je to kao da sam ih uhvatio da govore o nekoj tajni. Okrenuo sam se prema Koldu:

— Čini mi se da ću ti trebati razbiti robota.

Kasnije, oko pola 7, postalo je hladno i Leire je predložila da se premjestimo unutra. Dan je bio krasan za listopad, skoro ljetni, ali »ovo je Kantabrijsko more«, podsjetila je Leire. Stoga smo pokupili stvari i ušli u kuću. Drvenu kuću, dvokatnicu, vrlo prostranu. Svaki od blizanaca

imao je vlastitu sobu, veliku poput dnevnog boravka nekog stana u gradu. Dnevna soba je imala golema uglata staklena vrata s kojih se vidjelo more.

Neko vrijeme razgovarali smo o kući. Koldo radi u arhitektonskom studiju Erinina oca i obožava razgovarati o tim temama; zadržava li ovaj materijal bolje toplinu, geotermalno grijanje ili ne, izolacija ugljenim mikročesticama ili ne... cure su si otvorile vino i Leire je rekla da je vrijeme za kupanje mališana.

— Zašto se ne pridružiš Koldu, Álex? — rekle su smijući se. — Tako ćeš naučiti.

»Opet ta glupost s djetetom — pomislio sam, što su zamislile?«

To mi je posljednje sjećanje. Koldova i Leirina kuća. Erin i to o djetetu. Ništa više. Čak ne znam ni koliko je vremena prošlo otada. Dan? Dvije godine? Kako sam dospio na ovo mjesto? Što radi ovaj mrtav čovjek pored mene?

Moram se pomaknuti. Moram naći mobitel i potražiti pomoć.

Na boku sam, s lijevom rukom zaglavljenom ispod kuka, u najblaže rečeno, čudnom položaju. Pretpostavljam da sam pao i ostao u tom položaju. Odgurnem se laktom i nježno se prevrnem na leđa. Dok sam to radio, ponovno osjetim onu bol u potiljku koja mi se širi cijelim stražnjim dijelom glave.

Ostanem ležati na leđima. Sada imam dobar kut gledanja te promatram oko sebe. Vrlo visok paviljon, od prljavog armiranog betona, u nekom starom arhitektonskom stilu. S obje su strane prozori. Prozori s čeličnim okvirom, s malim staklima od kojih su neka razbijena. Stil prozora je kao u skladištu ili staroj tvornici. »Pričekaj sekundu — kažem si. — Ja poznajem ovo mjesto. Naravno da ga poznajem. To je stara tvornica Kössler«.

Pokušat ću se ustati. Druga mi se ruka, ona koja je ispružena cijelo vrijeme, miče, a onda shvaćam još nešto. Blizu moje ruke nalazi se komad kamena. Prilično velik komad, trokutastog oblika. Jedan od njegovih vrhova natopljen je krvlju.

Sjednem i uzmem taj kamen. Gledam ga. To je trokut od granita.

Stavljam prst na tu crvenu mrlju na vrhu. To je svježa krv.

Ispustim kamen. Pogledam mrtvog čovjeka udaljenog metar od mene.

Više mi se i ne žuri zvati nikoga.

1

LAŽ

Netko mi je rekao da sam imao nesreću. Sjećam se da sam vidio mnoštvo aparata kako vibriraju na stranicama kola Hitne pomoći i dva bolničara sa svake strane. »Imao si nesreću — rekli su — ali dobro si«.

Slike dolaze i odlaze. Sjećam se da smo u bolnicu ušli na ulaz za hitne slučajeve. Nosila i ljudski glasovi. Medicinska sestra mi je nešto uštrcala. Liječnik mi je postavio pitanja na koja nisam znao odgovoriti: »Što se dogodilo?«, »Možeš li očima slijediti prst?«, tako da sam zatvorio oči i sanjao, mnogo sam toga sanjao, najmanje osam ciklusa snova.

U jednome od njih, ležao sam pokraj majke, u bolničkom krevetu. Zvao sam je, ali ona nije odgovarala. Bila je živa, jesu li konačno pronašli liječenje za nju? Ubrzo me majka gledala i pitala tko sam. »Ja sam tvoj sin, Álex. Zar me se ne sjećaš?« Jedan liječnik, koji je, začudo, bio zubar kojemu sam išao kao dječak, objašnjavao mi je da je eksperimentalno liječenje moglo uzrokovati neku vrstu lobotomije u pacijenata. U zamjenu za produljenjem životnog vijeka, gubila je pamćenje. Ma dobro, barem se u mome snu to nije činilo toliko ozbiljnim.

Probudio sam se i ugledao još liječnika. Poznate ljude. Svog djeda, Danu, Erin, njezinu majku. Netko im je govorio da »nije baš koma, ali treba pratiti razvoj situacije«. Kasnije sam čuo još razgovora. »Sigurno je razgovarao na mobitel«. Na što su mislili? »Bio je negativan na alkotestu«.

Netko je svima nalagao da izađu. Negdje je bila buka. Neki skener mi je slikao glavu. »Mislim da se neće probuditi«, netko je rekao. Ponovno sam zaspao.

U drugom snu pojavio se moj djed Jon Garaikoa. Uspomena na sinemaskop s Dolby Surround ozvučenjem u glavi. Bio sam dječak. Zabio sam si udicu u nogu dok sam pokušavao pecati u luci Ilumbe. Djed mi je govorio da moram gurati udicu dok ne izađe s druge strane, a onda joj kliještima odrezati glavu.

»Zatvori oči, Álex. Ovo će te boljeti«.

Netko me nečime ubadao, ali to je mogla biti šprica. Onda sam vidio tog čovjeka iz tvornice. Bradonju crnih očiju: »Evo, bio si hrabar«, koji mi je neprestano govorio, vrlo brzo, no ja nisam ništa razumio. Bili smo na nekoj zabavi. Svirao je Chet Baker. Velika dvorana, vrlo elegantna, prepuna ljudi. Gola, seksi leđa crvenokose zečice posljednje je što sam vidio prije nego mi se um rastopio poput kocke šećera u čaši toplog mlijeka.

Kasnije sam saznao da sam proveo više od 24 sata u stanju sličnom komi. Nisam bio u životnoj opasnosti, ali moja je letargija pobudila sumnje kod liječnika pa sam bio prikopčan na neka vrlo moćna računala koja su bilježila svaki treptaj, otkucaj ili prdež koji je moje tijelo proizvelo. Budio sam se jako polako, još u onoj mješavini sna i stvarnosti.

Erin je bila pored mene sve to vrijeme. Vidio sam da mi govori, drži me za ruku i ljubi me. Pokušavao sam je nešto pitati. »Što se dogodilo?, Hoću li ponovno hodati?« Ali bio sam sediran i nisam imao snage govoriti. Usnuo sam i sanjao čudne stvari. Zabava na kojoj je svirao Chet Baker i na kojoj su bile životinje odjevene u odijela s kravatom. Štoga da su mi uštrcali, bio je to prvoklasni proizvod.

Kada sam se konačno probudio iz te svojevrsne odiseje sedativa, amnezije i noćnih mora, Erin je bila ondje i razgovarala na telefon pored prozora.

— Ne, na kraju sam zamolila Gurutze da me zamijeni. Barem ponedjeljak. Možda i utorak...

Pretpostavljam da je govorila o svojoj školi. Erin je radila u školi. Bila je učiteljica. Dugo joj je trebalo da pronađe svoj pravi poziv, tako da je s 29 još bila početnica.

— Pripremam nastavu ovdje, u bolni...

Gledao sam ju i slušao kako s nekim razgovara. Leire?

— Da, vrlo jak udarac u glavu. Ostalo je u redu.

Sigurno je bila Leire. Taj poludjetinjasti ton koristila je samo s njom. Obje su bile kćeri jedinice, odrasle su zajedno i bile su si kao sestre.

Ona nije shvatila da sam budan, stoga sam je u tišini promatrao dok je razgovarala. Kosa joj je bila svezana u rep. Lice bez šminke. Majica kratkih rukava i traperice. Uvijek sam joj govorio da mi se tako najviše sviđa, prirodna, samo s daškom mirisa sapuna. Obično sam joj govorio: »Da sam imao učiteljicu poput tebe, bio bih se zaljubio do ušiju«, na što je ona odgovarala: »To su djeca od osam godina«. Ali i s osam godina se možeš zaljubiti, mada misliš da je samo bol u truhu.

Konačno je, u nekom trenutku, shvatila da sam se probudio.

— Álex! — rekla je kada me ugledala otvorenih očiju. - Leire, moram íći! Álex se baš probudio! Da! — Prekinula je i spustila mobitel na stolić. Sjela je na stolicu i uzela moje ruke među svoje. — Kako si?

— Dobro. Malo me boli glava i jako sam žedan. Zapravo, umirem od žeđi.

— U redu, pričekaj.

Ustala je kao ispaljena iz topa, izašla i vratila se za nekoliko sekundi s plastičnom čašom. Ušla je i medicinska sestra, pogledala aparat, pritisnula neke gumbe, rekla da će liječnik proći za nekoliko minuta i opet nas ostavila same. Erin je sjela pored mene i milovala me dok sam pio vodu.

— Polako...

— Što se dogodilo?

— Imao si nesreću, sjećaš se? Skoro si poginuo, ali dobro si.

— Kada? Koliko sam već ovdje?

— Jedan dugi dan - rekla je Erin - Nedjelja je. Što si mislio?

— Ne znam, da su možda prošle godine.

Nasmijala se.

— Tako staro ti izgledam?

— Prekrasna si, Erin. Ljepša si nego ikada.

Erin me primila za ruku i poljubila je pa se lagano naslonila na moj jastuk.

— Hvala Bogu da si dobro. Mislila sam da... Ma dobro, svašta sam mislila. Dobio si jak udarac u glavu. Možeš li se normalno micati?

Pomaknuo sam stopala, koljena, ruke. Sve se činilo u redu.

— Udarac je jak? — upitao sam

— Ne — rekla je. — Samo potres mozga, izletio si u zavoj, bilo je to strašno, ali kažu da te zračni jastuk spasio.

Uspijevao sam se prisjetiti nekih vrlo mutnih slika. Nekog mrtvog čovjeka. Na podu tvornice.

— Jesam li naudio nekome?

— Nekom boru. Možda ćeš to morati platiti. Što se ostaloga tiče, imao si puno sreće.

Erin mi je ispričala što su joj policajci objasnili: da sam oko šest i trideset ujutro vozio nekom malom cestom (R-5678) koja povezuje Gerniku s nekom dolinom u unutrašnjosti. Izgleda da sam izletio iz zavoja i zabio se ravno u bor. Prednji dio mog GMC kombija ga je prepolovio prije nego se malo zgužvao.

— Ali što se dogodilo? — Erin je zvučala zabrinuto. Vozio si i gledao u mobitel? Nema veze, svi to rade, ali naravno, ljudi smrtno stradavaju zbog takvih gluposti.

— Ne znam što se točno dogodilo — rekao sam.

Erin mi je objasnila da je 112 nazvao neki kamiondžija. Taj je dobri samaritanac izašao iz kamiona i našao me nokautiranog, kako spavam na zračnom jastuku. Čovjek je sigurno namirisao benzin iz kosilice koju sam vozio iza i uplašio se da će se zapaliti. Požurio se da me izvuče odande te me plegao na padinu planine. Bilo je sedam sati u subotu ujutro.

— Kamo si išao tako rano?

— Ja...

Crna brada, oči bez sjaja.

— Što ti je? — upitala je Erin nakon nekoliko sekundi.

— Stvar je u tome što ne znam — odgovorio sam. - Ne sjećam se dobro.

— Što želiš reći?

— Ne sjećam se ničega, Erin.

S usana joj je pobjeglo jedno «ajme» između usana prije nego što mi je nježno primila obje ruke.

— Ne brini — rekla je. Dobio si jak udarac u glavu. Sigurno je normalno. Što je posljednje čega se sjećaš?

Zatvorio sam oči i premotao pamćenje. Naišao sam na sliku ubijenog čovjeka, ali to je bilo nemoguće. Ja nisam nikoga ubio. Nastavio sam unatrag.

— Piknika u Leirinoj kući.

— Ali to je bilo u četvrtak popodne! — Erinini su se obrazi malo zažarili. — U redu. Samo smireno. Sigurno je to nešto normalno.

Rekla je to, iako joj je ton glasa ukazivao suprotno.

— Da vidimo. Tu si me noć odvezao kući, ali nisi spavao sa mnom. Sljedećeg dana, u petak, si radio. Mislim da u vrtu Txemija Parre, glumca...

— Da!

Prisjetio sam se te slike. Txemijev vrt. Bio je odjeven u sportsku odjeću i pili smo piva na njegovoj terasi. Iako se ta slika mogla odnositi na bilo koji petak. Uvijek smo radili isto.

— Ja sam nakon posla otišla u kupnju — nastavila je Erin. — Ovaj vikend trebali smo slaviti našu godišnjicu. Sjećaš li se toga? Putovanja u Toulouse?

— Možda... Da...

— Dobro, da vidimo. Na povratku iz Bilbaoa otišla sam u Klub odigrati nekoliko partija tenisa u parovima, a kada sam završila, popila sam pivo. Nisam te zvala. Ne mogu ti reći ništa više o petku.

Onda su u sobu ušli ljudi. Liječnik koji je izgledao sjajno — tamnopus, jako sjajne crne kose, a slijedila su ga dva mlada, momak i djevojka te medicinska sestra otprije. Liječnik je zamolio Erin da nas ispriča na trenutak.

— Zdravo, ja sam Jaime Olaizola, neurolog. Kako si?

— Pa... Dobro... Baš sam se probudio. Malo me boli glava.

— Odlično. Pregledat ću te. Molim te, leži.

Liječnik Olaizola je izvadio malu bateriju iz kute i uperio mi svjetlo u oči dok mi je postavljao mnoštvo pitanja. Koju vrstu boli osjećam, vrti li mi se, imam li mučninu... Zamolio me da sjednem u krevetu. Učinio sam to, a medicinska sestra mi je skinula zavoj koji sam imao na stražnjem dijelu glave. Liječnik ju je kratko promatrao.

— Sjećaš li se kako si zadobio ovu ranu?

— Ne — odgovorio sam. — Baš sam to rekao svojoj djevojci. Ne sjećam se ničega.

Primijetio sam napetu tišinu u sobi. Drugi mladi liječnici pogledavali su jedan drugoga.

— Želite reći da ste izgubili pamćenje?

— Da.

— Dobro, da vidimo. — Liječnik Olaizola okrenuo se prema mladoj studentici medicine. - Sandra, kako postupamo u slučaju amnezije uslijed traume mozga?

Djevojka je istupila. Bila je dosta niska, izgledala je kao najpametnija u razredu. Kolega joj je više izgledao kao glupan.

— Trebali bismo utvrditi je li anterogradna ili retrogradna te ustanoviti vremenski okvir amnezije.

— Vrlo dobro, Sandra — rekao je Jaime poput profesora. — Što je posljednje čega se sjećaš, Álex?

Primijetio sam da me svi ti liječnici promatraju. Osjećao sam se poput pokusnog kunića. Ako krivo odgovorim, možda će mi otvoriti mozak da pogledaju unutra. Zatvorio sam oči.

Crna brada, oči bez sjaja. Naherene naočalice na nosu. Mrtav je.

— Sjećam se četvrtka popodne. Išli smo kod prijatelja na piknik.

— Četvrtak popodne — rekao je liječnik — to je više od 24 sata prije nesreće.

— To je loše?

— To je dosta vremena, ali prihvatljivo je. Retrogradna amnezija može zahvatiti minute, a u drugim slučajevima, poput tvojega, sate. Ono što je jasno jest da je krivac potres mozga. Živite li tvoja djevojka i ti zajedno?

— Ne, tek smo godinu dana skupa.

— Naravno — nasmiješio se liječnik Olaizola — prerano da bi se živjelo skupa, zar ne?

Sandra i drugi student također su se nasmiješili. Normalni predah u apsurdnoj situaciji.

— Živiš s roditeljima?

— Ne — i izostavio sam objašnjenje da nema spomenutih roditelja — živim s djedom.

— Jonom Garaikoaom? — upitao je. Poznajem ga. Moj tim vodi njegov slučaj.

— Zašto je tako važno s kime živim? Ako je nešto ozbiljno, možete to reći direktno meni.

Jaime Olaizola me nekoliko trenutaka gledao u tišini, a ja sam pomislio: «Kako plaše ti liječnički pogledi».

— Gledaj, Álex. Udarac je, načelno, bio dosta čist. Nema unutarnjih krvarenja ni znakova za uzbunu, iako je bio dovoljno snažan da ti uzrokuje tu amneziju, što je, samo po sebi, zabrinjavajuće.

— U redu.

— Stvar je u tome što rana izgleda nekako... čudno.

— Čudno?

— Ne odgovara baš automobilskoj nesreći. Kako kažemo mi liječnici, nije «kompatibilna». Sjećaš li se da si se udario o nešto drugo?

... vidim taj trokutasti kamen, s jednim od vrhova umrljanim krvlju...

— Čini se kao usmjereni udarac — rekla je Sandra — kao da su ga udarili od iza. Nekim teškim i zašiljenim predmetom, rekla bih.

— Možda je bilo nešto što sam vozio u kombiju... — rekao sam — vrtlar sam i imam puno teškog oruđa u stražnjem dijelu.

— Teško. Štitio te naslon za glavu. Ozljede od prometnih nesreća uglavnom se nalaze na čelu, sa strane... upravo zbog toga.

Opazio sam da je liječnik nešto pokazivao iza mojih leđa. Sandra je zašutjela.

— U redu, samo polako. Već ćeš se početi prisjećati što se dogodilo. U najvećem broju slučajeva, pamćenje se vrati odmah.

Medicinska sestra mi je ponovno stavila zavoj, a za to mi je vrijeme liječnik Olaizola objasnio još neke činjenice o amneziji, pretpostavljam s ciljem da me malo smiri. Pričao mi je o hipokampusu, limbičkom sustavu i kako amnezija ponekad može biti anterogradna, što znači da osoba ne može stvarati nova sjećanja.

— Također postoji psihogena amnezija koju zovemo disocijativno curenje. Obično se javlja kod neke značajne psihološke traume, ali u tvom slučaju, s obzirom da postoji očita trauma glave, mislim da se trebamo usredotočiti na fizički oporavak.

— Morat ćete me operirati ili tako nešto?

— Ne, ni blizu. Normalno je da se sjećanja vraćaju sama od sebe. Teorija kaže da će se pojavljivati u obliku snova ili flashova...

Možda bi ti pomoglo da posjetiš mjesta na kojima si bio u ta posljednja 24 sata. Ima drugih metoda, poput hipnoze, ali to je za ekstremne slučajeve.

Liječnik mi je također rekao da sljedećih dana obratim posebnu pozornost na sjećanje. Da pokušam zapamtiti male stvari i provjeriti «pohranjuju li se ispravno». Da pripazim na bilo kakvo neuobičajeno ponašanje: pretjeranu pospanost, poteškoće pri izražavanju, i slično. Prije nego što su otišli, napravili su mi brzinski pregled i pitali me za dob (27), koja je godina (2019), imena roditelja (majka mi se zvala Begoña; morao sam objasniti liječniku da nikada nisam upoznao oca). Uglavnom, činilo se da sam se sjećao svih važnih stvari u životu. Amnezija je zahvaćala razdoblje između petka 25. listopada i toga jutra, nedjelje 27. listopada. Nešto više od 48 sati.

Rekli su mi da će me s intenzivne premjestiti na drugi odjel i zadržati ostatak noći na promatranju. Uz malo sreće, sljedeći bih se dan mogao vratiti kući.

Erin se vratila u sobu za nekoliko minuta. Pretpostavio sam da i njoj liječnik objašnjava detalje amnezije. Kada je ušla, imala je onaj izraz lica koji imaš kada pokušavaš prikriti zabrinutost. Smiješila se, no na licu joj se mogao vidjeti strah.

— Kažu da ćeš se uskoro početi prisjećati, da ne brineš i da se ne pokušavaš sjetiti na silu. Liječnik je rekao da si u međuvremenu uzmeš nekoliko dana odmora. Ako želiš, ja mogu nazvati tvoje klijente.

To me potaknulo na razmišljanje o nečemu.

— Ti... imaš moj mobitel? — upitao sam.

— Ne, možda ti je među stvarima. Sestre su sve stavile u plastičnu vreću, pričekaj.

Erin je iz ormara izvadila neku vreću i stavila je na krevet. Počela ju je pregledavati

— Uh, morat ću ti donijeti odjeću. Netko ti je uništio hlače. Razrezali su ih ili tako nešto.

— Bit će da su ih razrezali da bi ih skinuli — slegnuo sam ramenima — to obično rade u nesrećama.

Erin je pronašla moj novčanik, ključeve od kuće i od GMC-a, ali mobitel ne.

— Možda je ostao u kombiju, Álex.

— Dobro. Nema veze. Imam neki notes u kući, zamoli Danu da ti ga da. Ondje su svi brojevi. Ustvari, samo je osam kuća. Reci im da ću im dati popust ako izdrže tjedan dana s nepokošenim travnjakom.

— U redu — rekla je Erin — napraviti ću to još danas popodne.

— Usput, je li moj djed bio ovdje?

— Da, jučer je bio gotovo cijeli dan, od trenutka kada su te dovezli. Bio je vrlo nervozan, znaš već kakav je. Pokušavao je sve organizirati pa je zeznuo stvar s nekoliko liječnika. Rekli smo mu da je bolje da se vrati kući i pričeka. Želiš li ga nazvati?

— Može.

Erin mi je dodala telefon i utipkao sam broj fiksnog telefona kuće mog djeda Jona. Telefon je zazvonio nekoliko puta, a poslije sam čuo tihi žamor. Djeda kako gundča s jedne strane i slatki Danin glas s druge.

— Dana — rekao sam — ja sam, Alex.

— Alex! Hvala Bogu! Kako si, dušo?

Dana je bila iz Ukrajine. Govorila je španjolski bolje od mnogih izvornih govornika, iako je ponekad razvlačila neke riječi svojim karakterističnim slavenskim naglaskom.

— Dobro. Napokon sam se probudio. Liječnik kaže da sam dobro, iako imam amneziju.

— Amneziju? Ne sjećaš se ničega?

— Ne, ne sjećam se ničega od četvrtka navečer.

— Oh! Ja ću ti pomoći s time.

U pozadini sam čuo djeda kako gundča kao i uvijek. «Daj mi mog unuka, Lenjinova špijunko!»

— Dat ću ti Jona — rekla je Dana — malo je nervozan. Znaš već...

— Alex! — Moj djed Jon je uzeo slušalicu. — Kako si? I reci mi istinu, ne okolišaj.

Jon Garaikoa je bio takav, nemiran poput naleta vjetra.

— Dobro sam, djede — odgovorio sam. — Rekli su mi da je samo udarac.

— Imao si krvarenje u mozgu? Znam ja udarce u glavu, nikada ne možeš reći da je dobro dok ne prođe nekoliko dana. Slušaj me! Ne idi iz bolnice dok ti ne naprave sve moguće pretrage. Vidio sam ljude kako padaju kao vreće jer im nisu pregledali glavu nakon pretrpljenog udarca.

— U redu, imat ću to na umu, djede. Ali više puta su me slikali na rendgenu i kažu da...

— Dobro, dobro. Ako trebaš nešto, pidžamu, duhan... ,bilo što, poslat ću Danu. *Okey?* Reci mi što trebaš. Mene ne puštaju. Politički komesarijat me zarobio. Kažu da sam jučer napravio neki nered, ha!

— Imam sve, djede. Puno hvala. Mislim da ću još jednu noć provesti tu i sutra ujutro sam kod kuće.

Djed se oprostio i slušalicu je ponovno uzela Dana. Pitao sam je za taj «nered» koji je napravio djed.

— Ne brini. Nije bilo ništa: tvoj djed je počeo govoriti liječnicima da su nesposobni i netko je pozvao osigurranje.

Nakon nekog vremena ondje se pojavio neki stražar i obavijestio me da će me prebaciti na odjel. Izašao sam iz te čudesne kutije s intenzivnim nadzorom i premjestio se u sobu u kojoj je bio dečko s nogom u gipsu jer je imao motorističku nesreću. Rekao sam Erin da ode kući. Prethodni dan je bdjela nada mnom, a spavanje na bolničkoj fotelji bilo bi nepotrebno mučenje. Malo se bunila, ali na kraju sam je uvjerio. Obećala mi je da će doći sljedeći dan, a ja sam joj rekao da se ne žuri: «Bit ću dobro».

I tako sam ostao sam, u Unaxovu društvu — tako se zvao mladić s kreveta pored, koji se igrao na svojem Nintendo Switch i dopisivao se na mobitelu. Ustvari, nisam ni tražio razgovor. Glavu mi je bila poput vlažne i teške spužve, a u stražnjem dijelu osjećao sam dubinsku bol. Ta «čudna» rana zbog koje su se liječnici uzbunili, rana koja «nije bila kompatibilna» s prometnom nesrećom. Ali, jesam li stvarno imao nesreću? Zašto? Kamo sam ja to u šest i nešto ujutro vozio tom zapuštenom cesticom?

Neko lice. Dva crna oka. Nepomična. Bez sjaja.

Neki čovjek me gleda, nepomičan, na podu.

Mrtav je?

— Sranje! Čuj, imaš možda punjač za Android?

Unax nije uspijevao pronaći svoj punjač i činilo se kao da će uskoro imati napad anksioznosti. Rekao sam mu da nemam.

— Misliš li da bi ga medicinska sestra mogla imati?

Večere, večernje vizite, posjete vani. Noći u bolnici. Dobro sam ih poznavao, skoro cijelu godinu motao sam se po jednoj, iako na jednom puno manje veselijem katu. Onkološki bolesnici vode znatno težu borbu od onih sa slomljenom nogom.

Prisjetio sam se svoje majke, naših malih pobjeda, kada smo odande izlazili nasmijani. Naših poraza, kada smo se vraćali.

Mislio sam da neću moći spavati, ali nakon večere jedna mi je medicinska sestra ponudila neku tabletu i uzeo sam je. Unax je kupio karticu za televiziju pa sam gledao neki film s Denzelom Washingtonom sve dok nisam zaspao. Brzo sam pao u dubok san. Poput Alise, spustio sam se kroz zečju jazbinu i u dnu, tamo dolje, svirao je Chet Baker...

Na zabavi smo. Više ljudi pije i zaokupljeni su prijateljskim čavrljanjem. Ne poznajem nikoga.

Dvorana je veličanstvena, sa središnjim vidikovcem s kojega se može vidjeti svjetlo svjetionika u daljini.

Promatram dekoraciju. Puno namještaja, naslonjača, divana, čak i jedna baršunasta sofa boje maline. I puno slika. Jedna od njih mi privuče mi pažnju: gol muškarac s ogromnim penisom. Na drugoj su životinje odjevene u odijela s kravatom.

Svira «I Fall In Love Too Easily», od Cheta Bakera.

Onda mi se približi neki tip. Crna brada, naočalice, izgled intelektualca. Nosi dvije čaše u ruci.

— Bok! Ti si Álex, zar ne? Álex Garaikoa. Jako sam te želio upoznati...

Erin me nije poslušala i došla je rano ujutro sljedećeg dana s dvije kave, krafnama i novinama. Bio je ponedjeljak i upitao sam je nema li nastavu.

— Zamolila sam kolegicu da me zamijeni. Danas sam imala malo predavanja.

Bila je prekrasna u crnoj haljini s cvjetnim motivom raspuštene kose koja joj je padala po ramenima. Doručkovali smo i razgovarali o svemu pomalo.

— Otkazala sam Toulouse. Mislim da još neko vrijeme nećeš biti za putovanje. Također sam zvala tvoje klijente. Svi te pozdravljaju. Osim Txemi, njemu sam ostavila poruku na sekretarici.

— Hvala.

— Ah, i moj otac je sve saznao sinoć. Bio je na nekoliko poslovnih sastanaka u Tokiju i nisam mu ni rekla. I on te pozdravlja. Kako tvoje pamćenje?

Liječnik Olaizola kasnije mi je postavio isto pitanje. Jesam li se uspio prisjetiti još nečega? Oboma sam odgovorio isto: imao sam čudne snove, ali nisam bio siguran da su sjećanja na nešto stvarno. Nisam im rekao previše detalja. Taj čovjek s crnom bradom s naočalicama... u nekim je sjećanjima pio vino na zabavi, na drugima je ležao mrtav na betonskom podu stare tvornice. Kakvog je smisla to imalo? Za mene u tom trenutku nikakvog: sve je bilo dio noćne more koja se ponavlja.

Olaizola je rekao da obratim pozornost na te čudne slike. «Ponekad, oštećenje neurona može uzrokovati halucinacije». Neurolog je ponovio njegove savjete da obratim pozornost na sjećanje i prepisao mi je paracetamol za bol, iako je smatrao da će oteklina postupno nestajati. Naručio me za dva tjedna da procijeni stanje amnezije. —«Vjerojatno ćeš se dotada sjetiti svega» — i otpustio me nakon što mi je preporučio odmor, odmor i još odmora.

— Ali nemaš što odjenuti! — rekla je Erin kada je doznala da mogu ići kući. — Idem po nešto.

Nakon sat i pol pojavila se sa svojom majkom, Mirari, natovarena torbama. Mirari je bila malo niža od Erin, ali po ostalome su si sličile kao jaje jajetu. Obje su imale velike oči poput oceana, iste plave boje, što je bilo teško uočiti jer je Mirari stalno nosila sunčane naočale. Nervozno je žmirkala, što ju je prisiljavalo nositi naočale kako bi prikrila svoj «maleni ludi živac», kako ga je ona zvala.

Sve su stavile na krevet: komplet koji se sastojao od majice, hlača, remena, sve Harmont & Blaine, i Timberland cipela. Čak su i gaće imale marku.

— Ovo je preskupo — prigovorio sam.

— Što si mislio da ćemo ti donijeti? Dronjke? — Mirari me podrugljivo pogledala iza svojih crnih naočala. — Hajde, odjeni se.

Presvukao sam se u kupaonici, a kada sam izašao obje su me pogledale s odobravanjem.

— Pogodile smo s veličinama.

— Ne znam. Izgledam si čudno.

— To ti je zato što uvijek nosiš traperice i majice.

Obitelj Izarzelaiia — Erin, Mirari, Joseba — bila je jedna od onih obitelji čije se bogatstvo skoro nikada nije primjećivalo, osim u ovakvim stvarima. Kupovina od 500 eura kao da se radi o lizalici, putovanje u Južnu Afriku za božićne blagdane, iPhone za tvoj rođendan... Oprostio sam se od Unaxa koji si je uspio ponovno napuniti Android i bio je sretan u svome svijetu SMS-ova.

Moj mobitel bio je i dalje na nepoznatom mjestu, tako da sam ostavio poruku u sestrijskoj sobi u slučaju da ga netko donese, mada su one uporno tvrdile da se to neće dogoditi.

— Zovi policiju, ako ga je netko uzeo, bit će da su oni.

Taxi nas je čekao ispred vrata. Mirari je, zbog svog problema s očima, svugdje išla taksijem. Ušli smo te se uputili u Ilumbe. Bio je oblačan i tmuran dan i prijetila je kiša. Majka i kći sjedile su na stražnjem sjedalu i veselo razgovarale. Ja sam bio malo šutljiviji i gledao kroz prozor. Iza dolina u unutrašnjosti uzdizale su se planine obrasle gustim hrasticima. Sve me u tom pogledu podsjećalo na staru tvornicu i na onu apsurdnu sliku koja mi se neprestano ponovno pojavljivala u glavi.

Tip se ne miče. Ni ne trepće. Mrtav je.

— Alex?

Okrenuo sam se. Mirari i Erin gledale su me začuđeno.

— Izgledao si kao da si odsutan... Jesi li dobro?

— Zamislio sam se, ispričavam se. Što si rekla?

— Da mi se u četvrtak vraća otac. Izgleda da su stvari u Tokiju išle po planu i organizirat će zabavu u kući da to proslavimo. Nada se da ćeš doći.

— Naravno — odgovorio sam.

Vrlo tamni oblaci nadvili su se nad obalu kada smo stigli do Punte Margúe, stjenovitog rta na kojemu nije bila baš dobro smještena naša obiteljska kuća.

Kuća u Puntí Margúí bila je sagrađena ispred litice od skoro 30 metara visine. Mjesto je godinama trpjelo urušavanje zbog erozije uzrokovane valovima tako da je sada cijeli rt pucao, a zemljište kuće bila je nestabilno. U selu su je zvali «iskrivljena kuća» i zaista, ako si stavio špekulu u bilo koju sobu Vile Margúa — kako se zapravo zvala — zabrinjavajućom se brzinom koturala prema moru.

Kako smo se približavali benzinskoj crpki Repsol, taksist se nadovezao:

— Kažu da županijska skupština namjerava otuđiti ova zemljišta, zar ne?

— Sve je to rekla-kazala — oštro sam mu odgovorio.

Iz Repsola putić se uspinjao do kuće. Gore se Vila Margúa uzdizala ispred bujnih borika koji su se prostirali cijelom dužinom litice.

Došli smo pred ogradu baš kada su počele padati prve kapi kiše. Dana je dotrčala s kišobranom. Mirari i Erin su rekle da ne žele smetati, no Dana je bila uporna: «Jon je rekao da uđete. Osim toga, imam gotov ručak: crveni grah sa sakramentima⁶.» Smijali smo se Ukrajinkinom izgovoru toga tipičnoga jela. Dana je mnogo godina radila u jednom hotelu u ovom mjestu pa je poznavala baskijsku kuharicu od A do Ž. «Paprike, mnogo paprika, samo paprika».

Moj djed je s rukama u džepovima čekao ispod velikih garažnih vrata. Jon Garaikoa bio je poput ormara, širokih leđa, odjeven u vječni istrošeni tamni džemper. Bio je gluh na jedno uho i imao je dugačak ožiljak na čelu: ratne rane jednog starog pomorca. Što se ostaloga tiče, još je imao mnogo kose srebrene boje i dva malena, tamna, živa, zamišljena i stroga oka.

— Izgledate mi mršavije, Jon — rekla je Mirari.

— Kriva je Ruskinja, koja me ubija od gladi... i žeđi!

⁶ 7 nezaobilaznih sastojaka koji se koriste pri kuhanju ovoga baskijskoga jela, uglavnom su to chorizo, krvavice, špek, panceta, svinjska rebra, neko povrće te sol i papar.

Rekao je to glasno da ga Dana može čuti, ali njoj je bilo svejedno. Njezin posao bio je brinuti se o njemu i to je radila predano. Puno povrća i bijela riba, malo mesa, ništa od prženih jela. I povrh svega, kontrolirala mu je vino. Neurolozi su mu pri prvim tegobama odmah zabranili alkohol, a Dana mu ga je ograničila na tri čaše dnevno. Jedna uz ručak, dvije uz večeru. Moj djed, koji je bio u stanju popiti bocu na dan, doživljavao je to kao mučenje.

— Hajde, Alex, donesi jednu bocu vina. Današnji dan treba proslaviti.

Lijevalo je. Bijesni vjetar udario je izravno u prednju stranu kuće, što je zvučalo kao brod koji zapljuskuju valovi.

— Već sam zaboravila zvukove ove kuće — rekla je Mirari u dnevnoj sobi. — Kada smo dolazile kao djevojčice, uvijek bismo umirale od straha.

— Navikneš se. — Dana je dlanom lagano udarila po zidu, kao da tapša kuću po leđima. — Ima dobre temelje.

— Jeste li primili još kakav izvještaj od gradskog vijeća?

Komunalni redar svaka je dva mjeseca mjerio pukotine kojih je bilo po svim sobama. Bojali su se da bi temelji mogli toliko popustiti da se sruši na nas. Zasada smo, prema svim izvješćima, smjeli nastaviti ondje živjeti. Osim toga, drugo mjesto za život nismo imali.

— Mene će iz ove kuće iseliti samo mrtvog — ustvrdio je djed.

Popeo sam se do ormarića za vino i izvadio jednu bocu Rioje, «od onih boljih». Dana je pripremala kanape sendviče i dala mi je neki znak kao da kaže «nemoj je staviti blizu Jona». Namignuo sam joj i vratio se u dnevnu sobu s četiri čaše.

Mirari je zadivljeno promatrala Jonove skulpture, a Erin joj je govorila kako je njoj najdraža zbirka drvenih nilskih konja koji «hodaju» blizu kamina.

— Iz Ugande su. Ručno ih je izradio umjetnik iz jednog sela. Kupila sam cijelu zbirku u zamjenu za fotografski aparat i dvije boce brendija — rekla je Erin.

Ono je bila kuća nekog pomorca, što se uočavalo kud god si pogledao. Afrički kipići, aztečka tapiserija, japanske kabuki maske. Bilo je starih slika brodova, velika pomorska karta, knjige kojima je ubijao dosadu. Knjige koje je moj djed tijekom 30 godina čitao na palubama plinskih tankera i brodova za prijevoz bačvi na svojim dugim putovanjima. A iznad kamina, slika koja

je uvijek putovala s njim. Moja majka s 12 godina, između bake i njega. Ništa više. Ostale su uspomene bile sakrivene, možda jer su bile previše bolne.

Sjeli smo na kauč i poslužio sam vino. Pobrinuo sam se da boca ostane kod mene.

— Imaš zdravu boju... — djed me uštipnuo za obraz. — Kada želiš saznati hoće li netko ubrzo umrijeti, pogledaj mu obraze.

— Koji razgovor... — Dana je dolazila s pinchitosima⁷ sa sirom i incunima.

— Ali istina je. Jednom smo u Urugvaju trebali zbrinuti čovjeka koji je pao na dno silosa. Kada su ga izvukli, rekao je da ga ništa ne boli, ali bio je blijed kao krpa. Već te noći je umro.

— Liječnik mu je rekao da nije ništa — rekla je Mirari. — Snažan udarac. A pamćenje će mu se postupno vraćati.

— To s pamćenjem je također zabrinjavajuće... — Djed je prstom pokazao na mene. — Znaš li svoj datum rođenja? Težinu i visinu?

— Znam to sve. Jedino što mi nedostaje je 48 sati od petka do nedjelje. — rekao sam.

— Što je posljednje čega se sjećaš? — upitala me Dana.

Zamalo sam rekao «Mrtav čovjek».

— U četvrtak smo bili u Leirinoj i Koldovoj kući na pikniku. Sjećam se da sam bio ondje, u vrtu, s njihovim blizancima. Ništa drugo. Poslije sam se probudio u bolnici.

— Znači tebi je petak potpuno izbrisan — rekla je Dana. — Ne sjećaš se baš ničega od petka?

— Ne.

— Ja ti mogu pomoći s time. — U četvrtak si došao u vrijeme večere. Nisi bio gladan, ali odigrali smo partiju karata i obojicu sam vas razbila. Sljedeći si se dan rano spustio u selo. Doručkovao si u Alejevom baru i donio si novine i kruh. U 11 i trideset morao si ići raditi kod...

— Txemija Parre — ubacila se Erin — barem je meni tako rekao.

— Glumca? — Mirari je podigla obrvu iznad okvira svojih crnih naočala.

— Da.

⁷ Zalogajčići ili grickalice, ponekad nabodeni na štapić.

— Kakva probrana klijentela!

— Ne sjećaš se da si išao onamo? — upitala je Dana.

— Ne, pretpostavljam da sam otišao, ali ne mogu se toga sjetiti. Morat ću ga nazvati da ga pitam. Također moram pronaći svoj mobitel.

— Orasi — rekao je odjednom djed — imamo li oraha? Dobri su za pamćenje.

— Ima oraha — kimnula je Dana glavom — ali mislim da je vrijeme ono što Álex treba. Vrijeme i odmor.

Dana je postavila stol u dnevnoj sobi. Jeli smo crveni grah koji je bio odličan, a za desert domaću skutu s medom (u mom slučaju, posluženu uz tanjur oraha). Mirari, uvijek tako pristojna, ljubazno je razgovarala s djedom. Odavno su se poznavali i, kako bi izbjegla stalni razgovor o mojoj majci, Mirari ga je znala zabaviti s dogodovštinama iz sela. Što je s onim poštarom koji se stalno vozio na biciklu? Umirovio se. Restoran sestara Zárate se zatvorio, da, ali ne zbog one priče o trovanju. Zapravo su dobili na lotu i sada žive u Málaga.

Ja sam jeo u tišini i osjećao da me kvržica na zatiljku sve jače boli. Osim toga, osjećao sam laganu tjeskobu u trbuhu, koja se penjala i stezala mi grlo. Ta slika mrtvog čovjeka, koja se neprestano vraćala. A ako to nije bio san?

— Jesi li dobro, Álex? — prekinula je Erin moj tijek misli.

— Da, da. Samo sam malo umoran. To je sve.

— Ovaj je dečko stalno rastresen — progundao je djed.

— Nemojte tako, Jon — umirivala ga je Mirari. — Izgleda vrlo umorno.

Čim je pojela, Mirari je, dok je Dana pripremala kavu, nazvala taxi: «Moraš se leći i odmoriti.» Erin mi je rekla da će doći sljedeći dan, a ja njoj da bude bez brige. «Kažu da će biti lijep dan. Idi surfati. Ovih ću dana biti naporan...». Iako je ustvari postojao drugi razlog zbog kojeg sam želio biti sam. Trebao sam razmisliti. Prisjetiti se svih onih slika koje su mi se u glavi izmjenjivale poput karata u kartaškim igrama.

Stigao je taxi. Dana ih je ispratila držeći nad njima kišobran, a ja sam se popeo u svoju sobu i legao na krevet. Glava mi je bila teška kao da je umotana u mokri ručnik i mučio me sve veći strah.

Djed se pojavio na vratima.

— Hej, mali od palube. Drago mi je da je sve ispalo dobro.

— Hvala, djede.

— Baš si me preplašio, znaš? Imam samo jednog unuka. Zapamti to i vozi opreznije.

— Budem.

— Što se dogodilo? Zaspao si?

— Ne znam, djede.

— Dobro. Svejedno je. Što god bilo, to je lanjski snijeg. Znaš li što se dogodilo s kombijem?

— Nemam pojma. Pretpostavljam da je negdje.

— Već ću ja doznati. Hajde, sada odspavaj malo.

Uzeo sam 2 paracetamola i pola Dormina. Samo sam želio da sati prođu i da mi se glava počne bistrirati. Vani je i dalje kišilo i vjetar je hujao. Punta Margúa se savijala i cijela kuća je škripjela. Sjevernim se zidom moje sobe protezala jedna pukotina: pukotina Calypso. Zastao sam i promatrao je. Ponekad mi se činilo da se širi i poslije vraća na svoje mjesto.

Kuća je bila puna pukotina te smo ih sve popisali i izmjerili, jer su nam to davno savjetovali. Djed im je čak dao imena oceanskih brazdi: Marijanska brazda, u kupaonici u prizemlju (od poda do stropa), Kermadečka brazda, u dnevnoj sobi (dijelom skrivena iza ormara za knjige), brazda Tonga, koja se penjala paralelno sa stepenicama...

Zatvorio sam oči. Liječnik Olaizola je rekao da ne bih trebao forsirati mašinu u pokušajima da se prisjetim, ali učinio sam to gotovo nesvjesno. Pokušao sam nešto vizualizirati. Počeo sam sa svojim posljednjim sjećanjem. To popodne u prekrasnoj drvenoj kućici s Leire i Koldom. Robotska kosilica. Brbljanje o *passive houses* koje gotovo da ne trebaju energiju da se zagriju. I te insinuacije o djeci. Uspio sam povezati vrlo nejasnu sliku kako se opraštamo od njih te s Erin ulazim u auto.

—Koldo je onaj tip osobe koja obožava slušati sebe, zar ne? Nije prestajao govoriti o svojoj kući cijelo popodne!

— Jako je ponosan, to je sve. Moj otac kaže da je vrlo dobar u svome području.

— A ono o robotskoj kosilici je kao neka zezancija

— Kako si sumnjičav, Álex.

— Dobro, a ono o djeci?

Poslije sam zaspao i nešto sanjao. Ponovno sam bio na toj zabavi. Pričao sam o Chetu Bakeru dvama muškarcima. Jedan od njih bio je bradonja s naočalicama, a drugi...

Neki ogromni tip, s donjom vilicom poput medvjeda koji se glasno smije. Nosio je odijelo boje duhana. Pored njega je neka crvenokosa žena, leđima okrenuta prema meni. Odjevena u izrazito seksi haljinu otvorenih leđa pa je gledam.. Dobra stražnjica.

Pričam im o zamršenom životu Cheta Bakera, kojemu su neke „junačine“ jednom razbile zube, zbog droge, čime su uništili njegovu karijeru trubača. Zapravo, pričam bez prestanka. Mislim da im dosađujem.

Gorostas se ispriča. «Oprostite, samo sekundu.» Otiđe i vrati se u društvu one crvenokose žene, koja je baš pozdravila neke koji su upravo stigli. Ostanem nasamo s bradonjom. Njegove oči kao u gavrana, crne i duboke, gledaju me kao da smišlja neku psinu. Gleda otraga. Čini se da se želi uvjeriti da smo sami.

— Slušaj me, Álex. — Dim cigare stvara neku vrstu magle između nas. — Ti i ja moramo razgovarati o nečemu.

Onda se pojavi ona crvenokosa žena, smiješi se. Starija je no što sam mislio vidjevši je straga. Stavlja mi ruku na rame, ljubazna.

— Álex... naš poznati pisac ti ne dosađuje, ha?

— Pisac?

Probudila me tutnjava groma. Jedan od onih urlika bogova koji putuju nad oblacima.

Prestalo je kišiti, ali vani je vjetar i dalje zavijao. Mogao sam ga čuti kako kida fasadu, pokušava iščupati crijepove ili grane drveća. Pogledao sam na svoj maleni alarm na ormariću: ponoć i dvadeset minuta. Jebem ti tabletu: zbog nje sam spavao skoro pet sati.

Pomislio sam na onaj ponavljajući san o zabavi. A ako to nije bio san? Slike su mi ostale u pamćenju poput listova koje rijeka nanese na obalu. Mogao sam ih se sjetiti. Jesu li to bila sjećanja? Ali, što sam ja radio u toj kući, sa svim tim nepoznatim ljudima? I tko je bio taj tip s bradom?

Pisac?

Baš ništa nije imalo smisla. Sjećao sam se tog čovjeka na zabavi, a zatim sam ga se sjećao mrtvog na betonskom podu. A ako je sve to bila prijevara moje podsvijesti? Snovi su takvi: besmisleni. Odjednom igraš partiju tenisa sa svojom tetom iz vrtića. Ili si u avionu i sjediš pokraj djevojke koja ti se sviđala u srednjoj školi. A ako je to samo neko nasumično lice koje je moj mozak isprepleo s drugim stvarima?

Nisam mogao više ležati, krulilo mi je u želucu. Ustao sam iz kreveta i bos izašao u hodnik. Svi su u kući spavali, a prvim katom vladala je tišina. U mraku sam tapkao po tepihu. Prošao

sam ispred djedove sobe, koja je bila u mraku. Svjetla nie bilo ni u Daninoj sobi na kraju hodnika.

Spustio sam se u kuhinju. Dana je na štednjaku ostavila lonac palamide s rajčicom. Uzeo sam si velik komad i pojeo ga dok sam listao zabavno – enigmatske časopise koji su bili na stolu. Bili su dio djedovih «zadataka». Ono što su neurolozi savjetovali. Mozgalice, igre pamćenja... uključujući i naše partije karata. «Vježbe kognitivne stimulacije služe samo da se uspori pogoršanje pamćenja, samo to, iako su nam najbolja opcija.»

Nitko se nije usudio izustiti te strašne riječi: Alzheimer, demencija..., ali istina je da se djed, posebno otkada je umrla moja majka, počeo se pomalo gubiti »svaki put sve više.« Rupe u pamćenju. Zaboravljivost. Pa i trenuci u kojima se činilo da je ostao bez riječi. Dobro, ja sam sada vrlo dobro znao kakav je to osjećaj, kada ostaneš bez riječi i ne možeš se sjetiti. Bio je to osjećaj koji te gušio ako si se na njega fokusirao. Kada ću se početi prisjećati? Doktor Olaizola rekao je »za nekoliko dana«, a ako ne bude tako?

Nakon što sam večerao, otišao sam u dnevnu sobu. Vjetar je usmjeravao snažne mlazove kiše u stakla i njihao travu te stabla jele i dlakave pjenišnike u sjevernom vrtu. Na dnu, crnilo oceana, kojeg presijecaju samo sićušna i udaljena svjetla ponekog trgovačkog broda.

Skoro bez razmišljanja, prišao sam polici s knjigama. Moj djed ih je imao stotine i tvrdio da ih je pročitao »više od tisuću« dok je bio kapetan broda, u vremenima kada je knjiga bila najbolji prijatelj na iznimno dugim i monotonim putovanjima preko sedam mora.

»Pisac« promrmljao sam prisjetivši se onog sna, onog bradatog čovjeka koji je razgovarao sa mnom na zabavi. »Bio si pisac?«

Gladio sam hrbate onih knjiga, mnogi autori bili su mi potpuno nepoznati. Moram priznati da ne čitam toliko kao moj djed. Ono što sam tražio bio je »nacionalni« ili bolje rečeno, »lokalni tip«. Čovjek s bradom i prodornim crnim očima.

Izvukao sam nekoliko knjiga i gledao slike autora: tipovi srebrenе kose, ili ćelavi, ili plavokosi. Bilo je to beskorisno. Možda sam samo trebao još malo pričekati.

U vrtu se čulo nešto, neki udarci. Uzeo sam deku s kauča, prebacio je preko ramena i otvorio veliki prozor. Pozdravili su me ledeni nalet vjetra i polarno nebo, ali više nije kišilo. Skupina iskidanih oblaka se raspršila i tako otvorila veličanstvene čistine prepune zvijezda ponad mora.

Udarci su dolazili od ulaznih vrata na ogradi. Otišao sam do tamo bos po vlažnoj travi. Od vjetra na licu i hladnoće na stopalima malo sam živnuo. Došao sam do ograde i uhvatio se rukom za vrata. Dvadeset i sedam godina i još sam oklijevao prekoračiti je. Kada sam bio dijete, moja je majka bila opsjednuta tom liticom. Jednostavno me nije mogla ostaviti samoga ni na minutu. Još uvijek sam je mogao vidjeti kako se naginje kroz prozor.

— Alex? Ostani blizu kuće, *ok?* Ne približavaj se rubu.

— Daaa, mama.

Otvorio sam ulazna vrata. Do ruba litice dijelilo me 20 metara trave. U tamnoj noći bez mjeseca poput one, mogao si pasti a da ne stigneš izustiti riječ.

Hodao sam polako i zaustavio se na rubu staze. Bio je to posljednji znak prije ponora, javna staza koja je počinjala u Ilumbeu i završavala u Bermeu, ali kojom je već prolazilo vrlo malo ljudi. Na istoku, rt se spuštao do vidikovca s jednim malim parkiralištem, mjesta na koje su često dolazili kamperi. Na zapadu, gotovo dva kilometra od kuće, litica se razlamala u dugu plažu koja je svoje ime — Ispilua, »ogledalo« — dobila po glatkom i sjajnom pijesku koji je za sobom ostavljala plima kad bi se povukla.

Ostao sam tamo nepomičan i slušao šum valova dok su udarali o podnožje litice. Gledao sam zvijezde i ugledao crvena i bijela svjetla reaktora koji je parao nebo tisućama metara iznad mora.

»Mama.«

— Ne smijemo biti sami. Nismo rođeni da bismo bili sami. Kada ja odem, trebaš otići djedu. Vratiti se u Ilumbe.

Nekad je bilo nemoguće sjetiti je se. Nekad mi se, pak, njen lijep smiješak pojavljivao pred očima. Onaj čarobni smiješak koji je mogao uljepšati i najcrnje dane. Neprestano je ponavljala »Dobro sam«. Iako to nije bila istina. Samo me željela zaštititi, udaljiti od užasa i patnje. I predano je to činila, kao hrabra i snažna majka kakva je bila. Pokušala mi je lagati, ali bezuspješno.

Smrt nam se neminovno približavala i u onom osmosatnom letu za Boston, kada smo još uvijek mislili da ćemo dobiti naš rat, moja mi je majka govorila o nekim stvarima o kojima nikada prije nismo razgovarali.

— Nisam se dobro slagala s njim... Međutim, to ne znači da mi je prestao biti otac. Ili tvoj djed. I još nešto...

Ona je dotada odbijala reći mi tko mi je otac («za mene je uvijek bio mrtav»), ali na tom letu Madrid-Boston konačno mi je ispričala: bio je neki pomorac koji se iskrcao u Ilumbe. Rekla mi je njegovo ime i kako ga mogu pronaći. Sve je to učinila zbog novca kojeg nismo imali i za koji sam ja učinio nemoguće.

— Klinika, eksperimentalno liječenje, let... To je cijelo bogatstvo.

— Snaći ću se, mama.

Majka nije znala odakle sam uzeo novac, ali bojala se (s razlogom) da sam se uvalio u probleme...

— Oduvijek sam si znao naći život.

— Znam, dušo, ali nekad svi trebamo pomoć. Ne oklijevaj je prihvatiti ako...

Glatko sam odbio. Rekao sam joj da nam ne treba nitko, a pogotovo ne taj odbjegli otac koji se nikada nije pojavio u mome životu.

»Za mene je također mrtav.«

Začuo sam trubljenje i otvorio oči. Bio je dan. Nevrijeme je prošlo i prekrasna svjetlost iscertavala je pravokutnik na borovom podu moje sobe.

Ponovno trubljenje: pekar? Erin? Ustao sam i prišao prozoru, još uvijek s krmeljem u oku. Vidio sam Danu kako brzo trči prema ogradi. Ondje je bio neki auto. Patrolna kola s plavim sirenama i logom policije.

»Sranje.«

Na nekoliko trenutaka zastalo mi je srce. Nisam se mogao pomaknuti od prozora. Kao da su mi noge prikovane za pod. Onda sam se trznuo.

Pokušao sam misliti najbrže što sam mogao. Je li u mojoj sobi bilo nešto što sam trebao sakriti? Otišao sam do stola, ali ondje je sve bilo u redu. Pogledao sam pod krevet. Izvukao sam crni ruksak. Ondje nije bilo ničeg što je nužno bilo nedopušteno. Užad. Poluge. Prednja svjetla. Zanimljiva kolekcija opreme, ništa više. Nije bilo nikakvog paketa, blister pakiranja ni kutije koji bi me trebali zabrinjavati. Jedina droga u mojoj sobi bila je ona koju su mi dali u bolnici.

Ono »drugo«, zabrinjavajuće, uvijek je spavalo izvan kuće.

Dana mi je vikala iz podnožja stepenica:

— Álex! Policija je. Možeš li na sekundu sići?

— Dolazim!- uzviknuo sam gurajući ruksak s »opremom« opet pod krevet.

Još sam jednom pogledao kroz prozor, kroz zavjese. Moj se djed baš pojavio na mjestu događaja. Čavrljao je s jednim od dva policajca, muškarcem, dok je policajka, djevojka plave kose, izlazila iz auta s fasciklom pod rukom.

»Po što li dolaze?«

Užurbano sam se odjenuo — traperice, majicu (Mirari je bila u pravu) – i spustio sam se u dnevnu sobu.

— Bez brige. Ne dolaze te privesti— rekao je djed čim me ugledao, možda jer je uočio moj prestrašeni izraz lica.— Samo si prepolovio jedan bor.

Oba policajca patrolna ophodnika stajala su kod stola u dnevnoj sobi. S crnim majicama, značkama i pištoljima. Radilo se o mlađoj ženi i muškarcu. Ona je imala jako lijepo lice. Posebno lijep nos. Plave oči i guste trepavice. Obratila mi se s blagim osmijehom:

— Álex Garaikoa?

— Ja sam.

— Ja sam agentica Nerea Arruti, a ovo je agent Blanco. Došli smo napraviti izvješće o nesreći, ako imaš minutu, naravno.

Nasmiješili su se te su ušutjeli i umirili se kao da čekaju službeni poziv da sjednu.

— Možda je bolje da nas ostavite same — rekla je policajka mom djedu vidjevši da ja ne reagiram.

— Želite li kavu ili čaj? — upitala je Dana.

Murjaci su vrlo profesionalno odbili, tako da su Dana i djed izašli i zatvorili za sobom oboja vrata dnevne sobe.

Agentica Arruti podsjetila me na Carrie Mathison iz Homelanda. Murjakinju koja je motivirana i želi dobro obavljati svoj posao. Agent Blanco je, pak, bio stariji i na licu mu je pisalo »ne gnjavi me, samo što se nisam umirovio«. Radoznalo je gledao s jedne na drugu stranu.

— Koliko skulptura! Prekrasne su. Afričke?

— Ima ih iz cijelog svijeta. Moj je djed bio pomorac. Sakupljao ih je.

— Znači tako...

— Dobro, a kako si ti? — upitala je mlada policajka

— Dobro - odgovorio sam - liječnik kaže da je bio samo potres mozga. Mislim da sam imao dosta sreće.

— Tako je. Moglo je biti puno gore.

Agent Blanco je kimnuo kao da se slaže. Arruti je nastavila:

— Dobro, gle, Álex. Blanco i ja smo sudjelovali u tvom spašavanju. Išli smo s tobom i u bolnicu, ali vidim da se ne sjećaš. To je normalno, nisi bio pri svijesti.

Kimnuo sam.

— To je čista formalnost. U ovakvoj nesreći, koja ne uključuje druga vozila, štetu i žrtve, obično se slijedi brzi protokol. Tijekom tvog primitka u bolnicu tražili smo neke toksikološke testove. Svi su testovi bili negativni, osim što si u krvi imao nešto alkohola, dvjesto mg/L, što je u granicama dopuštenog

To me iznenadilo.

— Pio sam?

— Malo. Čašu vina. Pivo. Tako nešto. Bio si na zabavi?

Slegnuo sam ramenima.

Prije no što sam im uspio spomenuti amneziju, Arruti je nastavila:

— Dobro, stvar je u tome što su nas iz bolnice obavijestili o prethodnoj modrici. Nešto što bi moglo biti povezano s nesrećom. Sjećaš li se nečega u vezi tog udarca?

Šutio sam nekoliko trenutaka.

— Razgovarali ste s mojim liječnikom?

Arruti se namrgodila. Odmahnula je glavom.

Primili smo poziv od suca. Bolnica ima obvezu obavijestiti suca ako se otkriju naznake kaznenog djela. Ta tvoja rana...

— Dobro, onda ne znate... — prokomentirao sam onako misteriozno.

— Što?

— Da imam amneziju. Dijagnosticirali su mi posttraumatsku retrogradnu amneziju.

— Ispalo je savršeno, za u udžbenik! Izjava dostojna prodavača magle. Vidio sam ih kako trepću, zbunjeni.

— Imaš što?

— Ne sjećam se ničega prije nesreće - objasnio sam s blagim prizvukom prezira u glasu.

Agentica Arruti naslonila se na stolicu i krišom je uputila pogled svom kolegi, koji je podignuo obrve.

— Opa! Ova je dobra!

Agent Blanco gledao je u neku neodređenu točku na zidu. Još je promatrao skulpture? Arruti se, pak, zagledala u mene.

— Pa, mislim da će biti teško napraviti izvješće— rekao je. Ali znaš kako se zoveš i to? Mislim, jesi li izgubio cijelo pamćenje ili samo dio?

— Otprilike 48 sati koji su prethodili nesreći. Ne sjećam se ničega između četvrtka popodne i trenutka mog buđenja u bolnici.

— I nisi se uspio sjetiti ničega? Prošlo je podosta sati.

Zabava. Chet Baker. Crvenokosa. Bradonja, živ, nasmiješen. Ja sam pisac. Čaša vina u ruci. Poslije, u tvornici, otvorenih ustiju i ugašenih očiju.

— Imam poneki flash — kažem.— Nepovezane stvari, bez pretjeranog smisla. Neurolog kaže da su možda halucinacije.

— Ideš — Arruti si je rukom trljala zatiljak — ovo je prvi put da sam upoznala nekoga s amnezijom. Sigurno je vrlo uznemirujuće.

— Jest.

Nastala je kratka tišina. Blanco je izgledao baš kao da želi što prije šmugnuti, ali Arruti je bila jako koncentrirana, kao o nečemu razmišlja. O čemu li razmišlja? Izgledalo je kao da mi ne vjeruje.

4.2. Análisis de la traducción al croata de las perífrasis verbales del texto literario *El mentiroso* de Mikel Santiago

A la hora de realizar la traducción de los primeros capítulos de la novela, hemos procurado realizarla de manera más natural posible, de hecho, conseguir, como bien dice E. Nida, que no parezca una traducción. Por lo tanto, en la traducción de las perífrasis verbales, igual que el susodicho traductólogo, procuramos transmitir el sentido y conservar el contenido del mensaje, a pesar de que, de vez en cuando, para lograrlo, tuvimos que cambiar la forma. A la continuación presentaremos 10 ejemplos del traducido fragmento de la novela, que podrían corroborar lo anteriormente dicho y que, a la vez, contienen varios tipos de perífrasis. Observémoslos:

- 1) *Tiene una mirada retadora, un poco petulante, como si estuviera a punto de decir: «¡Eh! ¿Y tú qué miras, idiota?» ... Solo que no va a decir nada, ni ahora, ni en un millón de años.*

Gleda izazivački, pomalo bahato, kao da će reći: »Hej! Što ti gledaš, idiote?«... Samo što neće reći ništa, ni sada, ni za milijun godina.

En este ejemplo observamos dos construcciones perifrásticas - **estar a punto de + infinitivo** e **ir a + infinitivo**.

La primera es una perífrasis incoativa que expresa el valor de ‘inminencia’ y que, con el verbo auxiliar en pasado, en este caso el imperfecto de subjuntivo, tiene connotación de una acción que no se realizó, pero que estuvo muy cerca de realizarse. Normalmente la traduciríamos *samo što nije...*, como, además, veremos en el último ejemplo, pero en este caso, dado el resto de la frase y las palabras precedentes, esta sería una solución inadecuada y no se transmitiría el significado, porque el hombre tumbado en el suelo está muerto, por lo tanto, es imposible que diga algo. Así que en la traducción al croata optamos por emplear el futuro del verbo *decir* (*reći*), que es *će reći*, puesto que esta solución combina muy bien con *kao da* (*como si*). Posiblemente se podría incorporar el adverbio *uskoro* (*pronto*), que añade el matiz de inmediatez, para transmitir el significado por completo, pero consideramos que no encaja bien en la frase, por lo que descartamos esa opción. Así que nos decantamos por la traducción *će*

reći con la cual no se transmite el significado y ese matiz de inmediatez explícitamente, pero sí encaja bien en la frase.

La segunda perífrasis **ir a + infinitivo** (*ir a decir*) es, como figura en el subcapítulo 2.1.1. de este trabajo, la perífrasis aspectual incoativa que frecuentemente expresa la idea de un futuro inmediato español. Aparece en su forma negativa, por lo que decidimos traducirla empleando la forma negativa del futuro croata *neće reći* transmitiendo, de esa forma, el significado por completo.

2) *No sé cuánto tiempo he pasado durmiendo, pero ahora hay más luz. Está amaneciendo y yo sigo allí, en esa especie de nave en ruinas.*

Ne znam koliko sam vremena spavao, ali sada ima više svjetla. Sviće, a ja sam još uvijek ondje, u toj svojevrsnoj ruševnoj hali.

Pasar + gerundio, una perífrasis durativa, es la primera perífrasis que observamos en esta frase.

Al verbo *pasar*, en este caso, según el DEL (2021), corresponde el significado ‘estar durante un tiempo determinado en un lugar o en una situación’⁸. En croata ese significado se refleja en el verbo *provesti*. En este caso, la forma del gerundio español *durmiendo*, la podemos traducir empleando *glagolski prilog sadašnji*⁹ (*spavajući*). La traducción *sam vremena proveo spavajući* es literal y no se consigue la naturalidad de expresión en la LM, por lo que descartamos esa traducción. No obstante, no hay que traducir palabra por palabra, sino, más bien, transmitir el sentido. El gerundio lo decidimos traducir empleando *perfekt*¹⁰ (*sam spavao*) y omitimos *proveo sam*. La traducción por la que optamos es *sam vremena spavao (he pasado durmiendo)*, con la que logramos transmitir el significado.

⁸ 16ª acepción en la RAE

⁹ Adverbio verbal presente

¹⁰ Tiempo verbal que en croata denota el pasado

Estar + gerundio (*está amaneciendo*) es la siguiente perífrasis, que expresa una acción en curso – *amanecer*. El significado del verbo *amanecer* en croata es *svitati*. En este caso, *está amaneciendo* solamente es traducible al croata con el presente (*prezent*). Por lo tanto, nuestra traducción, con la cual transmitimos el significado, era *sviće*.

- 3) *Ese tipo de dolor que te avisa: «No sigas por ahí...». Así que dejo de moverme... Todo encaja, vuelve a dormir... Si esos robots comenzaban a proliferar, mi trabajo tendría los días contados.*

Onaj tip boli koji te upozorava: »Nemoj dalje...«. Tako da se prestajem micati... Sve štima, spavaj dalje... Ako se ti roboti počnu širiti, mojem bi poslu bili odbrojani dani.

Dejar de + infinitivo (*dejar de moverse*) aquí indica el cese de acción (de moverse) y significa lo mismo que **parar** o **cesar de**. El verbo *mover* equivale al verbo (*po*)*micati*. En este ejemplo, el significado de *dejar*, según el DEL (2021), es 'interrumpir una acción'¹¹ y en croata equivale al verbo *prestati*, es decir *prestajem*, en este caso, puesto que se trata de la primera persona del singular. En cuanto al aspecto verbal, nosotros, en la traducción, optamos por el aspecto verbal imperfectivo (*nesvršeni glagolski vid*), porque los significados de *prestajem* (aspecto verbal imperfectivo) y *prestanem* (aspecto verbal perfectivo) son distintos. Mientras que con el aspecto verbal imperfectivo (*prestajem*) marcamos una acción en curso en el momento del habla, con la segunda opción marcamos una acción concluida y, por ende, pasada (Težak y Babić, 1996). Por lo tanto, dado que la acción ocurre en el momento del habla, optamos por la traducción *se prestajem micati* (*dejo de moverme*).

La segunda perífrasis es **volver a + infinitivo** (*volver a dormir*), una construcción semiperifrástica aspectual que expresa la idea de reiteración. Como consta en el DEL, a *volver* aquí le corresponde sexta acepción 'poner o constituir nuevamente a alguien o algo en el estado que antes tenía'. En vez de *idi natrag spavati*, que sería la traducción literal, y transmite el significado, decidimos escoger la traducción *spavaj dalje* (*sigue durmiendo*) que también

¹¹ 18ª acepción en la RAE

transmite el significado. Además, de esa manera conseguimos la naturalidad de la expresión en la LM, que también enfatiza E. Nida.

La tercera perífrasis **comenzar a + infinitivo** (*comenzar a proliferar*) se refiere al principio de la acción expresada por el infinitivo. Puesto que a *comenzar* le corresponde el verbo *početi* en croata, y a *proliferar* le corresponde la segunda acepción que figura en el DEL, 'multiplicarse abundantemente', *širiti se* en croata, nuestra traducción final, con la que logramos transmitir el significado, es *se počnu širiti* (*comenzaban a proliferar*).

4) *En uno de ellos, estaba tumbado junto a mi madre, en una cama del hospital.*

U jednome od njih, ležao sam pokraj majke, u bolničkom krevetu.

Estar + participio (*estar tumbado*) designa el estado resultante de una acción o un proceso; en este caso, de *tumbarse*. Como figura en el DEL, el verbo *tumbar* posee varias acepciones de las que la primera 'hacer caer o derribar a alguien o algo' equivaldría al verbo croata *srušiti u oboriti*, puesto que implica fuerza. Sin embargo, esa no sería una buena solución, porque el significado que conlleva es aquel de 'echarse, especialmente a dormir'¹², por lo que en croata le equivale el verbo *ležati*. Por lo tanto, con el fin de transmitir el significado, decidimos emplear *perfekt* (*ležao sam*).

5) *...«Seguro que iba hablando por el móvil.»... «No creo que se vaya a despertar», decía alguien.*

...»Sigurno je razgovarao na mobitel«...»Mislim da se neće probuditi«, netko je rekao.

La primera perífrasis que notamos en esta frase es **ir + gerundio** (*ir hablando*). Alude a un desarrollo paulatino de la acción. De acuerdo con el DEL, el verbo *ir* en esta frase 'denota la actual y progresiva ejecución de una acción'¹³, mientras que el verbo *hablar* significa 'comunicarse con otra u otras personas por medio de palabras' lo que coincide con el verbo croata *razgovarati*. Por lo tanto, la traducción literal sería *išao je razgovarajući** cuyo

¹² 13ª acepción en la RAE

¹³ 9ª acepción en la RAE

significado coincide con la perífrasis española, pero en la traducción no es aceptable y no se consigue la naturalidad de expresión en la LM, por lo que basta con solo utilizar *perfekt* (*je razgovarao*) que también transmite el significado y por eso es la traducción por la que optamos.

La siguiente perífrasis en este ejemplo es la forma negativa de **ir a + infinitivo** (*se vaya a despertar*). El verbo *ir*, es decir, *vaya*, está en presente de subjuntivo porque así lo exige *no creo*, y, tomando en cuenta el resto de la frase, lo traducimos con el futuro croata que denota la negación (*neće*). Según el DEL, al verbo *despertar* le corresponde la quinta acepción ‘dejar de dormir’, lo que en croata es *probuditi se*. Por todo lo mencionado, nuestra traducción de esta perífrasis es *se neće probuditi*, la cual refleja el significado de la perífrasis española.

- 6) *No se temió por mi vida, pero mi letargo llegó a mosquear a los médicos y estuve conectado a algunos ordenadores muy potentes que registraban cada pestañeo, latido o pedo que mi cuerpo emitía. Fui despertándome de manera muy paulatina, todavía en esa mezcla entre sueños y realidad.*

Nisam bio u životnoj opasnosti, ali moja je letargija pobudila sumnje kod liječnika pa sam bio prikopčan na neka vrlo moćna računala koja su bilježila svaki treptaj, otkucaj ili prdež koji je moje tijelo proizvelo. Budio sam se jako polako, još u onoj mješavini sna i stvarnosti.

La primera perífrasis en esta frase es **llegar a + infinitivo** y es una perífrasis escalar. Esta construcción a menudo se traduce al croata mediante prefijación al verbo principal (p. ej. *llegar a saber* = *doznati*). Sin embargo, no siempre es así; en este caso, dado el primer significado del verbo *mosquear* que, según el DEL, es ‘causar desconfianza o enojo a alguien’ optamos por la traducción *pobudila sumnje* (*despertó las dudas*) en la que se refleja el significado de la perífrasis *llegó a mosquear*.

La siguiente perífrasis es **estar + participio** (*estar conectado*), que expresa estado resultante de una acción (en este caso de *conectar*). Como el verbo auxiliar *estar* (en croata *biti*) está en pretérito indefinido de indicativo, lo traducimos con *perfekt* (*bio sam*) (Težak y Babić, 1996). El verbo principal de esta perífrasis *conectar* en croata posee varias acepciones como *spojiti*,

spajati, priključiti, ukopčati, prikopčati. Sin embargo, nosotros escogimos *prikopčati*, es decir, *glagolski pridjev trpni* de ese verbo, puesto que, según nosotros, encaja muy bien en el contexto y en el entorno de un hospital. Por lo tanto, optamos por la opción que mejor transmite el significado - *sam bio prikopčan (estuve conectado)*.

La última perífrasis **ir + gerundio** (*ir despertándose*) denota que el chico se despertaba paulatinamente, lo que también figura más adelante en la frase (*de manera muy paulatina*). El verbo auxiliar *ir* (en croata *ići*) lo traducimos con *perfekt* del auxiliado *despertarse ((pro)buditi se)*. Para expresar la progresividad, tal y como figura en la perífrasis española, nos decantamos por el aspecto verbal imperfectivo. El significado de *budio sam se*, de esa manera, coincide con *fui despertándome*. Otra opción podría ser la traducción literal *išao sam budeći se**, a la que inmediatamente descartamos porque no es una traducción aceptable, ya que no transmite el sentido.

7) *¿Volveré a andar? Pero estaba sedado y no tenía fuerzas para hablar.*

Hoću li ponovno hodati? Ali bio sam sediran i nisam imao snage govoriti.

En este ejemplo hay dos perífrasis verbales – **volver a + infinitivo** y **estar + participio**.

La primera es *volver a andar* y como afirma el DEL (2021), al verbo *andar* en este caso le corresponde la primera acepción - ‘dicho de un ser animado: ir de un lugar a otro dando pasos’, por lo que en croata su significado corresponde al verbo *hodati*. El auxiliar *volver* lo traducimos empleando un adverbio de modo, *ponovno (de nuevo)*, y es así cómo generalmente traducimos este tipo de construcción. Sin embargo, se trata de una pregunta y *volveré* contiene un matiz de interrogación, por lo tanto, añadimos *hoću li*, que corresponde a las construcciones con *si*. De esa manera, con nuestra traducción *hoću li ponovno hodati? (¿Volveré a andar?)* transmitimos el significado por completo.

Estar sedado es la segunda perífrasis. El participio *sedado* viene del verbo *sedar* que en croata significa *sedirati*. Así que el verbo auxiliar *estar*, es decir, *estaba*, lo traducimos con *perfekt*

(*bio sam*) y *sedado* con *glagolski pridjev trpni (sediran)*. La traducción final, con la que transmitimos el significado, es *bio sam sediran (estaba sedado)*.

8) «Lo que tienes que hacer es echarte en la cama y descansar.»

«Moraš se leći i odmoriti.»

La perífrasis verbal que encontramos en esta frase es **tener que + infinitivo**, la perífrasis modal de obligación. *Tener que* corresponde al verbo croata *morati*, es decir *moraš*, puesto que en el ejemplo se trata de la segunda persona del singular. Sin embargo, puede confundirse con *trebati (necesitar)*, puesto que, según figura en el *Hrvatski jezični portal (HJP)*, una de las acepciones del verbo *morati* es *trebati*, sentir una obligación. El significado del verbo *hacer* en croata es *činiti, raditi, napraviti*.

Una traducción posible es *ono što moraš učiniti jest leći se i odmoriti*, pero es redundante y no se consigue la naturalidad de expresión. Sin embargo, con la traducción *moraš se leći i odmoriti* conseguimos la naturalidad de expresión en la LM y también transmitimos el significado.

9) *La cabeza me pesaba como si la llevara envuelta en una toalla mojada...*

Glava mi je bila teška kao da je umotana u mokri ručnik...

En este ejemplo aparece la perífrasis acumulativa **llevar + participio (llevar envuelta)**. El principal significado del verbo croata *llevar* es (*pre*)*nositi*, mientras que el auxiliado *envolver* en croata significa *zamotati, umotati*. Por lo tanto, el participio *envuelta* lo traducimos con *glagolski pridjev trpni (umotana)*. Sin embargo, la traducción *...nosim umotanu...*, a pesar de transmitir el significado, era un poco redundante, puesto que se trata de la cabeza. Por lo tanto, optamos por la traducción *...je umotana...* que también transmite el significado.

- 10) *El agente Blanco, en cambio, era mayor y su cara decía «no me des guerra que estoy a punto de jubilarme»*

Agent Blanco je, pak, bio stariji i na licu mu je pisalo »ne gnjavi me, samo samo što se nisam umirovio«.

Estar a punto de + infinitivo (*estar a punto de jubilarse*) en esta frase expresa el valor de ‘inminencia’. Por su significado es igual que *estar por + infinitivo*. *Estoy a punto de* es la construcción a la que la traducción más cercana en croata sería *samo što nisam*. El significado del verbo *jubilarse* es *umiroviti se* y en el ejemplo citado, este verbo lo traducimos empleando *perfekt* (*se umirovio*). En fin, uniendo las dos traducciones, en la traducción tenemos la solución que es *samo što se nisam umirovio* que coincide con la perífrasis española *estoy a punto de jubilarme* y transmite su significado.

5. Conclusión

Este trabajo lo dedicamos a la traducción, más precisamente a la traducción de las perífrasis verbales. Para este fin, se utilizó la novela *El mentiroso* de Mikel Santiago, dado que la obra abunda en las perífrasis verbales de varios tipos. Repasamos los rasgos principales de las perífrasis y sus clases y las dividimos en las con significados perfectivo, incoativo o ingresivo, iterativo o frecuentativo, durativo y progresivo, de obligación o de necesidad y de probabilidad o posibilidad. Las perífrasis verbales poseen numerosos matices y varios aspectos. Algunos de ellos, como la progresividad, en español son muy evidentes, pero en croata esos matices a menudo no los conseguimos con facilidad, y por ello, en la traducción solemos añadir adverbios de modo para transmitir el significado por completo. Asimismo, la progresividad muchas veces la conseguimos empleando el aspecto verbal imperfectivo. Aunque a veces parece imposible transmitir el significado expresado en español porque el croata no dispone de los mismos recursos lingüísticos, el traductor tiene que intentar transmitirlo en su traducción utilizando todos los recursos lingüísticos de la LM que estén a su alcance. No obstante, en croata no tenemos las perífrasis verbales, pero tenemos las construcciones *fazni glagoli* que se parecen.

La segunda parte de este trabajo consiste en la traducción de la mencionada obra al croata y la realizamos basándonos en la teoría de la traducción de E. Nida; es decir, nuestro objetivo principal era confeccionar una traducción con naturalidad de expresión en la que se conserva el contenido del mensaje y cuyo sentido permanece intacto. Según afirma Nida, la traducción no es una tarea fácil, pues se trata de un proceso complejo que implica el análisis, la transmisión y la reestructuración y que también incluye las diferencias culturales. Tampoco es fácil ser un buen traductor, pues en el subcapítulo 3.1. el traductólogo americano nos expone toda una gama de requerimientos para ejercer esta labor con éxito, además de introducir los conceptos de equivalencia dinámica y formal al ámbito de la traducción. A menudo el traductor no sabe si la expresión es común o no en la lengua a la que traduce ni cuáles son sus expresiones sinónimas (Ivir, 1984: 147).

En el subcapítulo 4.1. se presenta la traducción de los primeros cinco capítulos de la novela, seguida por el análisis de 10 ejemplos de las perífrasis verbales más destacados. Sin duda, traducir un fragmento del texto literario, igual que la traducción en general, no es una tarea simple, pues igual que en la poesía, hay que emplear la creatividad respetando al mismo tiempo el original estilo del autor. De vez en cuando, se nos hizo difícil y complicada la traducción de

algunas perífrasis verbales, pues al traducirlas al croata, tuvimos que emplear el mecanismo de prefijación, añadir adverbios o utilizar las construcciones croatas como *glagolski pridjev trpni* y *glagolski prilog sadašnji*. A veces también tuvimos que suprimir algunas palabras de la frase para poder traducir una perífrasis y al mismo tiempo transmitir su significado y sentido. Transmitir el sentido y el significado era lo más importante para nosotros, por lo que utilizamos todos los recursos lingüísticos de la LM para lograrlo. Nuestro objetivo era que, tanto la perífrasis, como la frase entera, traducidas del español, suenen natural en la LM.

Sin embargo, nos dimos cuenta de que no existe ningún patrón en su traducción, porque el contexto influye mucho en su significado. Por ejemplo, como en una parte de la novela el protagonista pasa un tiempo internado en un hospital, en la traducción tuvimos que utilizar los términos típicos para ese entorno. En la traducción también influye el aspecto verbal, pues en español un verbo a menudo tendrá el aspecto verbal imperfectivo, pero en su traducción a croata habrá que emplear el aspecto verbal perfectivo.

En fin, traducir las perífrasis verbales del español, transmitiendo al mismo tiempo el significado, puede presentar, para un traductor croata, un reto. Sin embargo, dependiendo de las habilidades del traductor, siempre se encontrará el equivalente más o menos adecuado.

6. Bibliografía:

- Fente Gómez, Rafael et al. (1976), *Perífrasis verbales*, Madrid, Sociedad general española de librería.
- Fernández de Castro, Félix (1999), *Las perífrasis verbales en el español actual*, Madrid, Gredos - biblioteca románica hispánica.
- Gentzler, Edwin (2001), *Contemporary Translation Theories*, Londres, Cromwell Press Ltd.
- Gómez Torrego, Leonardo (2011), *Gramática didáctica del español*, Madrid, Ediciones SM.
- Gomis, Pedro; Segura, Laura (1998), *Vademécum del verbo español*, Madrid, Sociedad general española de librería, S.A.
- Gutiérrez-Rexach, Javier (2016), *Enciclopedia de lingüística hispánica*. Vol. I
- Hrvatski jezični portal [en línea]. [fecha de consulta 22 de diciembre de 2021]. Disponible en: https://hjp.znanje.hr/index.php?show=search_by_id&id=f19kXhJ9
- Ivir, Vladimir (1984), *Teorija i tehnika prevodjenja*, Novi Sad, Centar «Karlovačka gimnazija» Sremski Karlovci, Zavod za izdavanje udžbenika u Novom Sadu
- Markič, Jasmina (1990), «Sobre las perífrasis verbales en español», Ljubljana.
- Moya, Virgilio (2004), *La selva de la traducción*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Newmark, Peter (1991), *La teoría y el arte de la traducción*, Surrey, University of Surrey, Inglaterra, Letras 23-24.
- Nida, Eugene A. (1969), *Science of Translation*, V. 45, N. 3, Sociedad Lingüística de América
- Nida, Eugene A. (1964), *Toward a Science of Translating*, Leiden: E.J. Brill.
- Nida, Eugene A.(2004), «Principles of correspondence». En Venuti, L. (ed.) (2004): *The Translation Studies Reader*, New York, Taylor & Francis e-Library.
- Nida, Eugene A.(2012), *Sobre la traducción*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Nida, Eugene A; Taber, Charles R.(1982), *The theory and practice of translation*, Leiden, Sociedades Bíblicas Unidas.
- Pavón Lucero, María Victoria (2007), *Gramática práctica del español*, Madrid, Espasa Calpe, S.A.
- Pranjković, Ivo; Silić, Josip (2005), *Gramatika hrvatskoga jezika, za gimnazije i visoka učilišta*, Zagreb, Školska knjiga.
- Real Academia Española (2005), *Diccionario panhispánico de dudas* [en línea]. [fecha de consulta 26 de octubre de 2021]. Disponible en: <https://www.rae.es/dpd/empezar>
- Real Academia Española (2010), *Nueva gramática de la lengua española, Manual*, Madrid, Espasa Libros.
- Težak, Stjepko; Babić, Stjepan (1996), *Gramatika hrvatskoga jezika*, Zagreb, Školska knjiga.

Yllera, A. (1999), «Las perífrasis verbales de gerundio y participio». En: Bosque, Ignacio y Demonte, Violeta (eds.) (1999): *Gramática descriptiva de la lengua española. vol. 2, Las construcciones sintácticas fundamentales; Relaciones temporales, aspectuales y modales*. Madrid: Real Academia Española y Espasa Calpe.